



Llamadme Jaime

Jaime Garza Salinas



Llamadme Jaime

COLECCIÓN
AGUA FIRME 

Llamadme Jaime

Jaime Arnoldo Garza Salinas

Primer premio estatal de literatura para el adulto mayor
Categoría: Memoria



Llamadme Jaime

© Jaime Arnoldo Garza Salinas

Primera edición 2013

ISBN:

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabriales

Directora General del

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Jurados:

Arturo Castillo Alva

Francisco Ramos Aguirre

Arturo Zárate Ruiz

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)

Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101

Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

*A la memoria de mi madre
Cuquita Salinas de Garza,
nacida en Jiménez, Tamaulipas.*

I

Mi ciudad

En la plaza de Matamoros recuerdo... que vendían unos avioncitos de lámina pintados al alcohol, de colores brillantes; tenían un bastón y llantas, y conforme uno los movía sobre el suelo había unas cosas que giraban, unos aros y hacían ruidos especiales como las hélices de los aviones reales. Vendían unas pelotitas de aserrín forrado con papel brillante y una liga, que uno la rebotaba contra la mano. Vendían unas tarántulas con resortes, con pelo de conejo y unos esqueletos de resorte con barro. También vendían unos bastoncitos delgados, los que la raza les ponía un alfiler en la punta para fastidiar a la gente. Los pajaritos de amor... o de la suerte. Todavía es fecha que los podemos admirar en la calle peatonal. Esa es realmente una tradición, que hasta la fecha se mantiene. Eran ambulantes. Pero hoy en día están por los Almacenes de la India o frente a Cristal Joyeros. Siempre han estado ahí.

Hay sonidos, como en donde están haciendo el algodón de dulce, con los colores tradicionales de rosa y

aqua. Hoy en día sigue siendo igual. Nada más que en aquellos años los preparaban al momento; y hoy ya los traen con un billete de fantasía envueltos en celofán.

Había quioscos en la plaza. Quioscos de madera en donde se expendían refrescos y comida. Todavía, hará unos ocho años, existía uno de esos quioscos en la calle sexta. Lo movieron de la plaza. Y todo mundo recuerda el estanquillo de don Panchito, en la calle sexta, entre Bustamante y Herrera. Ese estanquillo estuvo ubicado a finales de mil ochocientos y principios del novecientos en la plaza principal. Aparece en muchas fotografías.

Para este tipo de cosas se tiene que ser muy necio y solamente con eso se consigue lo que tenemos. Que se sepa que hay muchas fiestas. Indiscutiblemente tendría que decir que la primera de esas fiestas fue la Fiesta Patronal, porque es el cuatro de julio y por la virgen del Refugio. Hay fama en el siglo diecinueve, y constancia a través de cartas de americanos que vivieron en Matamoros, de los fuegos pirotécnicos. Recuerdo que íbamos a la plaza a elevar globos de papel de china; eran globos que se elevaban con una velita, por el aire caliente. ¡Y se veían fabulosos cuando se levantaban en la noche! En muchas ocasiones se quemaban en lo alto. Pero son antecedentes de los tipos de fuegos pirotécnicos que se hacían en la ciudad.

La plaza siempre ha sido el principal lugar de esparcimiento. Recuerdo que tomaba agua en un bebedero que estaba junto a una escultura... No sé si era Hidalgo o si era Juárez. Pero lo que sí tengo presente era que subía un escalón para alcanzar el bebedero. Y lo que más recuerdo es lo que se decía respecto al bebedero; que ha-

bía sido colocado en ese lugar con motivo de las fiestas del centenario del nombre de la ciudad. Recuerdo haber visto las primeras fuentes en la plaza. Me acuerdo muy bien de doña Amelia Bertha Benevendo en fotografías del día en que se inauguraron las fuentes. Todavía era época del charleston y las señoritas participaban en muchos eventos. Vi fotos en que estaba vestida de china poblana y de un camión arreglado para las fiestas del charro; la vi como parte de la corte de la reina de las fiestas.

El Matamoros que viví de niño era muy diferente. Rememoro incluso los colores de las casas. Por eso es que después, cuando tuve la oportunidad de trabajar sobre unos grabados hechos en París de un libro muy famoso que escribió el doctor y general Ignacio Martínez que se llamaba “Recuerdos de un viaje”, me fue fácil pues tenía los colores de las casas; pude con mucha facilidad recuperar el paisaje de la ciudad. Todavía me acuerdo haber visto cuando se levantaba el asfalto de la calle sexta, alrededor de la plaza, y las calles adoquinadas con corazón de mezquite. Y también viví en lugares que aún tenían pisos de corazón de mezquite. En el Soliseño quedan casas que tienen esos mismos pisos.

Son memorias de un Matamoros muy pequeño. Habitable. Cuando la gente sacaba las mecedoras a la banqueta y podían ir a la cocina y regresar a la mecedora. Hoy en día nadie puede hacer eso. No se puede estar con la puerta sin cerrojo.

Mucha gente se refiere a Matamoros como cuando dice que todo tiempo pasado fue mejor... Entonces la ciudad no tenía calles pavimentadas y las que tenía, eran

de adoquín de corazón de mezquite. Teníamos un teatro que era una maravilla, porque era un espacio de usos múltiples y la gente lo recordaba como una réplica del Teatro de la Ópera de París. Desde niño viví a media cuadra de ahí. Mi abuelo le había comprado a don Celedonio Junco de la Vega el lugar donde nació mi papá, lo que era la joyería “La Esmeralda”. Siempre oímos que mi abuelito fue a Monterrey con una bolsa de oro; porque le pagó en oro la casa. Sabíamos entonces que nuestro teatro ocupaba un cuarto de manzana... Me acuerdo cuando lo destruyeron... tendría como catorce años.

Cuando conocí el Teatro de la Ópera de París me dije, “Matamoros no pudo haber tenido un teatro de esta naturaleza”, una réplica, porque es un teatro superdecorado, es un teatro inmenso, con muchos espacios, ¡hasta para museo! Me decía “bueno, por qué la gente piensa que el teatro nuestro era igual a ese...” Hasta que me topé con la noticia de que el Teatro de la Ópera de París era un segundo teatro —como ahorita que nosotros estamos sobre el tercero— y que el teatro anterior era uno sencillo, que después lo llegué a ver en algunas películas y entonces eran teatros que se construían en Inglaterra de fierro, y eran... —¿cómo le llaman?— prefabricados. Variaban las fachadas, el estilo de las plateas, el patio de butacas, etcétera, era el mismo en cualquier lugar. Variaba la forja, la calidad de las butacas. Pero en sí, cuando la gente decía que era igual al teatro de París, ¡pues tenían razón! Solamente que después de que se construyó el gran Teatro de París, fue un espacio mucho más grande. Me enteré por allá, estando en aquellas tierras, que se llevó a concur-

so. María Eugenia de Montijo quería que su arquitecto favorito, de nombre Leduc, construyera el teatro. Pero como se llevó a concurso, ganó un señor de apellido Garnier. Entonces, cuando la reina o la emperatriz le preguntó por qué no hizo el teatro al estilo nacional de Francia, de Luis XIV, Luis XV o Luis XVI... Le dijo que qué estilo era el teatro que había construido en París. Le contestó Garnier, muy propiamente; “Su Majestad, el nuevo Teatro de la Ópera de París es estilo Luis Napoleón”. O sea que le dio en la torre porque era el nombre de su marido, del emperador. Y fue así como ya no se habló más del asunto.

Pero te quiero decir que fue Leduc quien hizo las grandes restauraciones del Medievo, del “moyen age” que dicen los franceses, de las grandes ciudades que se conservaban en Francia; como pueden ser Carcasona o el Mont Saint-Michel. Cuando los conocí me dio escalofrío de comprobar lo que siempre supimos desde niños: que Matamoros había tenido murallas.

Pero llegar a Mont Saint-Michel es algo que no lo puedes creer porque es una isla muy cerca de la costa; es una protuberancia enorme que culmina con la misión, con lo que le llaman el claustro, donde están los misioneros y la iglesia. Lo que es propiamente el santo Miguel, culmina todo el conjunto arquitectónico con la espada levantada, desenvainada. Es una especie de parrarrayos de toda la ciudad, porque Mont Saint-Michel ¡tiene una sola calle! Y esa calle es como si fuera una ranja mondada. O sea, que entra a la puerta de la ciudad y comienza a subir, subir, subir, subir... porque es una sola calle. Cuando llegas allá arriba, en el museo, tienen

un telescopio, y desde ahí te enseñan toda la ciudad estando dentro del claustro. Puedes apreciar los fosos por donde aventaban el aceite caliente, hirviendo. Puedes ver todo. También puedes ver unas piedras grandes, redondas, como las que se usan ahora de moda en los jardines; que en el momento en que llegaban a atacar la ciudad, los misioneros dejaban caer las piedras desde arriba. Y como era una sola calle, venían rodando por gravedad, llevándose de encuentro a todos...

Todo aquello me hizo recordar al subteniente Chatfield, que es una de las cosas que nos menciona en la publicación “Las ciudades gemelas”, de fines del siglo diecinueve. Dice “ahora sí estoy en la última de las calles de Matamoros y se levanta ante mí un kilómetro de muralla hacia cada lado”. Y se ha dicho que la muralla estaba casi deshecha por la paz porfiriana, y entonces la gente comenzó a llevarse los ladrillos para construir en sus casas. Y esos son los últimos vestigios para que después nada más quedara lo que viene siendo la Casamata. En el ochocientos, desviaron el río hasta llevarlo a Puertas Verdes en que siempre nos dijeron era “el vallado”. Es decir, Matamoros fue fortificado y tenía mucho de esas ciudades europeas, como las que acabo de recordar.

Y Chatfield dice cómo en las mañanas se oían los sonidos de las cornetas que hacían guardia a lo largo de todo el vallado y que en Matamoros los uniformes militares eran el lujo de la ciudad, porque el mismo subteniente dice que eran sumamente lujosos. Entonces era un Matamoros militarizado en aquellos años, como lo vemos ahorita...

Cuando llego a Carcasona, y veo la ciudad —me tocó bailar en un teatro que tenía tres mil años de antigüedad; un teatro romano en cuyo entorno se comenzó a dar la ciudad feudal y extramuros una ciudad moderna— y bailé allí —ya le habían cambiado toda la butaquería; en lugar de gradas romanas había sillas de fibra de vidrio en forma de cascarón de huevo, que era la usanza por los años setentas; que cuando te sentabas, las enderezabas; tenían un gozne—. Allí volví a respirar el aire de Matamoros, de ese aire que nos menciona Chatfield.

Es realmente emocionante pensar en esa influencia francesa en el pueblo que conocí cuando era todavía niño, esa arquitectura criolla, francesa, de que tanto se habla. Por eso un tiempo después pude recrear las fachadas de la iglesia, la plaza, la presidencia municipal, los colores que conocí de niño, cuando todavía estaba la aduana junto a la catedral.

Un día hubo un duelo de contrabandistas, mi tía y mi mamá no supieron qué hacer con mi hermano Jorge y yo, y nos echaron a la fuente. ¡Pecho en tierra ellas y nosotros en el agua!

Son cosas que no puedo olvidar, como la presidencia vieja... Toda la madera de los pisos; el olor a petróleo, que era con lo que se limpiaban las casas. Y todavía, el último olor a petróleo, lo volví a sentir ya de grande en el salón de baile en la zona de tolerancia, donde *empe-trolaban* los pisos —o como le digan— y les ponían cera.

Era un Matamoros muy distinto. Aquel Matamoros que yo conocí, en donde veía mujeres con las manos hinchadas —como las volví a ver en Bélgica—. Cuando

se utilizan mucho las manos, como las hilanderas, los dedos engordan, se hinchan. Esos dedos hinchados los veía aquí en la época del algodón. Porque llenar aquellas sacas pizcadoras era picotearse las manos con las agujas de los copos del algodón. Hace unos días, casi me hincó a llorar frente a una planta de algodón que por casualidad se dio, ¡casi me quería pinchar de recordar cómo era aquello del dolor y el olor de las despepitadoras!

Y de recordar de dónde vienen todas esas palabras que nosotros conocemos. Porque en Matamoros, según la gente *gourmet*, el platillo regional es el guayín, que consiste en una tortilla de huevo doblada con relleno de frijoles refritos. Entonces, cuando vemos grabados, fotografías de la plaza de la capilla, la recordamos llena de guayines con algodón adentro. Hoy en día más bien la palabra se refiere a las posaderas de las mujeres *¡qué buen guayín!* Pero en aquellos tiempos, la palabra se origina de *wagon*, en inglés, que podrían ser los vagones del ferrocarril o podrían ser estos jalados por mulas, que eran los que veía de niño en la plaza de la capilla. Todavía me tocó ver en las fortingas cargas de algodón.

También he escuchado mucho que la casa de doña Margarita de León Leglé, que estaba ubicada en lo que hoy es el banco HSBC, en la esquina de la González y ocho, tenía una escalera bifurcada; cosa muy rara en este pueblo. Pero no lo dudo porque el uso del fierro en Matamoros comenzó a aparecer por aquellos años. En el edificio donde estuvo el hotel "Iturbide" había una parte ochavada y una columna de fierro en la esquina, sosteniendo el resto del edificio. Esa columna de fierro estaba a la vista pues era parte del exterior de la casa;

de esas mismas columnas había bastantes en el edificio Yturria, en su interior. Lo mismo sucede con las chimeneas de fierro y adornadas con mosaico. Todavía podemos admirar algunas en la casa Yturria y en la casa Cross. Recuerdo mucho de lo moderno que fueron esas cosas porque tenían una doble pared, y unos respiraderos que cuando llegaba el clima frío, hacían que el viento corriera por el interior entre las paredes y el calor de las chimeneas las calentara, y funcionaban a manera de calefacción. Siempre se ha dicho que hay fantasmas en la casa Cross. Lo que pasa es que esa doble pared permitía el funcionamiento de plomadas; y las plomadas tenían el mismo peso que las ventanas. Entonces, cuando agarrabas la ventana con un movimiento muy fino hacia arriba, las ventanas se abrían solas, y en los costados se oía donde las plomadas iban bajando o subiendo, eso era muy interesante. Lo mismo esa doble pared permitía que los cuartos se agrandaran porque había puertas corredizas que se construían en esas paredes.

La primera casa que tuvo clóset es la casa del doctor Pumarejo. Los planos los compraron; que imagino eran diseño de Mackintosh. Pero casas como la del señor Saldívar y del maestro Ricardo, eran traídas por ferrocarril desde Canadá hasta acá, y toda la madera estaba quintada; las columnas redondas hechas a base de segmentos de tablas, lo mismo que las grandes ventanas ovales en el interior de la casa con diseños de cacería, con perros dálmatas con patos en el hocico; o sea, trofeos de caza, hechos a la arena.

Siempre he querido conocer en dónde nació la veneración a la patrona de Tamaulipas. Sabía que había

llegado por barco a Veracruz, que de allí había pasado a Puebla, después se fue a Zacatecas, de aquí fue a dar a San Antonio, Texas; de este lugar fue a dar a Refugio, Texas y de allí volvió a bajar hasta nosotros, y de aquí a Victoria y posteriormente a Tampico. Hace dieciocho años hice una exposición iconográfica con motivo de los doscientos años de la llegada de la imagen. Y pinté muchas piezas, había piezas antiguas y originales.

Creo que soy el único en el pueblo que tiene un libro con las imágenes de la iglesia original de la capilla donde se veneraba, en el seminario de Roma. Hace unos días, el padre Margarito me pedía el libro, y no lo encontraba. Pero la señora Elsa Astudillo me hizo el favor, en uno de sus viajes, de ir hasta el pueblo de Frascati donde está el lugar de esa capilla y comprarme un libro. Y precisamente en la dedicatoria me dijo que tenía años rogándole que me hiciera ese favor.

Aquí tenemos muchos la idea de venerar algo que no conocemos o que a veces incluso ni nos interesa... El otro día el padre Margarito me hizo el favor de bajar la virgen del nicho y tuve la oportunidad de tocarla y de ver lo maltratada que está; porque un loco le quiso robar la corona. Y se vino abajo junto con la imagen, y se destrozó. Necesita las manos profesionales para que la estofen. Esta imagen que está ahí fue mandada hacer por la señorita Mendoza, antes de eso hubo otra imagen.

Siempre he sido muy asiduo a la catedral, porque nací cerca, y porque mi familia, toda, ha vivido a media cuadra, una cuadra, dos cuabras...

Hay una etapa en mi vida en que me dediqué a coleccionar. Y para esto, empecé por abanicos, porque en

el libro “Las ciudades gemelas”, el subteniente Chatfield menciona que las mujeres de Matamoros usaban *proverbiales* abanicos, a manera de sombrillas para taparse el sol. Me di cuenta que lo que él había anotado era verdad, porque comencé a toparme con abanicos de colecciones; por ejemplo, de doña Amelia Wilworth, que vivía en lo que actualmente es la plaza comercial Morelos, en la calle cinco, frente a la plaza Hidalgo. Y eran abanicos mucho muy elegantes; de carey, de marfil, con pintura al óleo; con el tiempo no pude guardarlos y me deshice de ellos. Pero a cada uno le mandé hacer vitrina. La mayor parte están en la colección de doña Delia García. Eso fue lo primero. Luego comencé a toparme con bordados.

En la esquina de mi casa estuvieron las monjas del colegio Mathel. Fue así como empezaron a llegarme muchos bordados, no solamente religiosos sino de fiesta. Por aquellos años del diecinueve, llegaban muchos barcos a Matamoros cargados de mercancía europea. Estaban los Cisneros, los Tárnava —que fueron dueños de Brazo de Santiago y que, por eso mismo, eran los dueños del puerto. Los Tárnava construyeron una casa enorme, la que está junto al colegio de San Juan, calle González entre cuatro y cinco. Ellos estaban emparentados con los Cisneros, que fueron los que donaron el terreno de la iglesia del Sagrado Corazón.

Mucho tiempo asistí a dar clases a los niños de la doctrina en la iglesia del Sagrado Corazón de la plaza Allende. Y comencé a conocer, en pleno, la construcción. Me gustaba mucho esa iglesia porque no era muy cercana a lo de Matamoros. Es una iglesia con una sola

torre, por lo cual resulta asimétrica, cuyo perfil frontal es un arco hipérbole. Otras características corresponden al estilo gaudiano. Todos sabemos que el gran arquitecto Gaudí pronto va a ser santo de Barcelona. Y precisamente don Tomás Auñón, de la escuela gaudiana, que había venido a Matamoros en la época de la guerra civil española, fue quien construyó la iglesia del Sagrado Corazón. Vinieron a dar acá familias, como los Miñana, Lahoz, Arnau, Mongrell. Se comenzó a construir la iglesia al estilo art decó neogótico. La iglesia tiene muchos pasadizos. Una torre que creo es la altura máxima en la ciudad. Y una iglesia que hay debajo de la iglesia. Ahí hay osarios, tumbas y gavetas. Es muy llamativo ver que entre las gavetas, el primero que se encuentra ahí —aunque creo que lo sacaron ya— es el señor Ernesto Elizondo, que fue muerto por mover de su lugar la antigua zona de tolerancia, la llamada Capilla.

Conocer ese recinto es una chulada. El gran vitral corresponde a Santa Elena y a Santa Eduvigis. Estos dos personajes son reinas: una emperatriz en Roma y la otra en Polonia. Hay una anécdota. Como los campesinos llegan por la capilla, donde está la iglesia del Sagrado Corazón, lo primero que ven es a Santa Elena y a Santa Eduvigis. Las mujeres se saludan y se dicen: ¿cómo estás?, responden “como Santa Elena, cada día más buena”, ¿y tú?, “como Santa Eduvigis, buena por donde te fijes”.

El caso es que fue una familia Benavides, que habiéndose sacado la lotería, le regalaron a la iglesia el gran vitral que está al frente. Considero que los vitrales del Sagrado Corazón son el máximo exponente de este

tipo de arte, de aquí a Monterrey. Están como doce o catorce vitrales interiores. Y habiendo conocido la Santa Capilla de París es que me atrevo a decir, que siento la misma sensación que sentí cuando estuve en la de París.

El Sagrado Corazón para mí ocupa un lugar muy especial porque la vi construir y he visto con gusto, que la están arreglando, aunque jamás se terminó... Primero se cayeron los andamios a que el padre los retirara; decía que si terminaba la torre entonces qué iba a pedir. Que no iba a tener ningún motivo para pedir. Primero se cayeron los andamios que terminar la torre. Independientemente que se acabaron las canteras con los colores originales de donde provenían los materiales de su construcción...

Recuerdo muy bien el día que llegó el señor obispo Estanislao Alcaraz y Figueroa. Nosotros tuvimos que ver con la recepción, porque pertenecíamos a las agrupaciones religiosas. Resulta que puso en movimiento a toda la ciudad. Los artesanos hicieron tres arcos para recibirlo. Una cosa inaudita, ¡se veían hermosos con los escudos papales de bulto! Incluso mandaron hacer un gran escudo de la tiara con las llaves de San Pedro. A todos los niños de la ciudad que tenían que ver con la catequesis, los llevaron a la catedral vestidos de blanco con banderas amarillas y blancas. Una de esas banderitas duró por años... Y por otro lado los masones estaban un tanto molestos con el asunto; los ajefistas aventaron tachuelas todo el camino desde el aeropuerto hasta acá, procurando que la comitiva tuviera algún percance a la llegada. Me acuerdo de muchas cosas del señor obispo,

don Estanislao, porque era una copia al carbón de mi papá. ¡Idénticos! Uno por otro. Sacaba de onda verlos juntos en las fotografías. El caso es que se remozó la iglesia y las calles por donde iba a pasar se limpiaron.

Un grupo de señoras habían hecho un esfuerzo muy grande para conseguir dinero para todos los ornamentos de la iglesia. Vistieron de amarillo y blanco las columnas. Se mandó hacer un gran palio y un trono de madera dentro de la iglesia, muy hermoso. El caso es que para lograr estos fondos, las señoras hicieron una rifa de dinero, y fueron a preguntarle a la persona equivocada sobre si les compraba boletos. Querían hacerle una capa al señor obispo. Van y le piden a un señor, gran masón de aquí, de la ciudad, si les compraba boletos. El señor les dijo que les compraba todos los talonarios que traían con tal de que lo caparan ahí mismo. Se equivocaron de persona. Era don Abel Cavazos. Pertenecía a la Gran Logia Masónica “Miguel Sáenz González”.

Durante esos años, un servidor ha hecho réplicas, en diferentes técnicas, de cómo ha ido cambiando la imagen de la iglesia catedral. Cuando el ciclón del treinta y tres, en que se vinieron abajo las torres con el viento —que por cierto eran unas torres de lámina en forma de copa de bra, y además diferentes las dos torres entre sí—. Dieron paso a los domos puntiagudos en forma de cucuruchos, pirámides octogonales sobre los tambores viejos; uno se conservó y otro se tuvo que reparar.

Se había tomado como alarife a don Mateo Passament, que vino de Nueva Orleans a construir la iglesia, la más grande de muchas leguas a la redonda. Y todo

mundo sabemos que la construcción fue iniciada por el padre Ballí, que era de una familia muy rica de Reynosa y después, con el tiempo, dejó entre las propiedades la Isla del Padre, por eso se llama así, porque era la isla del padre Ballí. Y como tenía mucho dinero, comenzó la construcción y se trajo a Mateo Passament a Matamoras. Venía el alarife o arquitecto de Nueva Orleans. Y esa fue la misiva: hacer la iglesia más grande de muchas leguas a la redonda. Él tenía muy cerca de sus ojos la iglesia de San Luis Rey de Francia allá en Nueva Orleans. Total, que cuando pasó lo del ciclón se volvieron a poner las torres, pero al estilo de San Luis Rey.

La iglesia ha ido sufriendo muchos deterioros y arreglos. Por ejemplo, con el ciclón Beulah se cayó gran parte de los vitrales del frente. Me recuerdo que recogí del piso, intacto, una cara de los apóstoles que estaban en la última cena sobre la puerta principal. Estaba con el emplomado completo alrededor. Pero se perdieron, y por eso tiene nuevos vitrales todo el frente.

Recuerdo que trabajando en la radio, platicué sobre la imagen de bulto que había de Santa Eduviges en la catedral y no faltó un radioescucha que llamó para decirme que su tía había regalado a principios del novecientos la imagen, y que había dejado de ir cuando la cercenaron para que cupiera en un nicho. Porque en la imagen, la santa de Polonia le estaba entregando una moneda a un mendigo arrodillado a sus pies. Hace dieciocho años, cuando el primer festival de otoño, tenía mucha ilusión de recorrer el campanario. Y resulta que cuando pregunté cómo subir, me dijeron que fuera al coro y que de ahí subiera por una ventana a los techos.

Pero fui a dar a una bodega, arriba del que llaman el quemador, o sea, donde ponen las velas; y ahí estaba el mendigo por el cual la tía del radioescucha había dejado de ir a la iglesia. Comprobé que la imagen sí había sido dividida. Encontré muchas palmatorias de bronce y piedras preciosas; y unos arcángeles lampadarios que había visto desde niño en la primera comunión. Ignoro el paradero actual de ellos. Incluso había algunos pedazos de un barandal de madera que estuvo en el coro —creo que hubo un incendio o algo así— y ahí estaban todavía algunas fracciones de todas esas cosas.

He ido viendo maravillado cómo hoy en día la iglesia ha sido renovada, cómo el actual párroco la tiene impecable. Antiguamente había dos escudos papales, también hubo un reloj en la portada. Decía Chatfield que a pesar de todos los años que habían pasado desde las intervenciones militares que había tenido Matamoros, aún se conservaban las marcas de las balas en la fachada, que estaba muy dañada; y que adentro se veían vestigios de frescos —cosa que parece casi inaudita imaginar a la catedral de Matamoros con frescos—. Y que lo mismo recordaba un gran óleo del nacimiento de Jesús. Decían que estaba pintado de morado por dentro. Esas son cosas que no nos tocó vivir a nosotros. Pero personas que hicieron las restauraciones, han dado fe de ello.

El diseño original del mercado Juárez era un edificio central, grande, que se dedicó a las carnicerías, rodeado de una arquería, y posteriormente en el entorno, por ocho edificios. Toda la gente decía “El Parián”. Yo que siempre oía “Parián”, me imaginaba una palabra

francesa; con el tiempo me vine a dar cuenta que el Parián era el mercado en Manila, Filipinas, y que tenía una característica: abajo había comercios y arriba vivía la gente. Todo el centro de Matamoros era igual, abajo había comercios y arriba vivía la gente.

Entonces el mercado era de ocho edificios; había un gran patio alrededor y tenía ocho accesos, uno en cada esquina y uno a la mitad de cada cuadra. Era muy interesante porque con el correr de los años, lo que era este patio central, se fue llenando de pasillos, se construyeron edificios de madera en el interior. Y se comenzó a hacer una especie de bazar oriental. Todos vendían prácticamente lo mismo: plata, talabartería, artesanías de diferentes lugares; de donde casi siempre se traía la artesanía, era de Michoacán, Guadalajara y Tlaquepaque. Lo más interesante era ver que la mercancía no estaba marcada. ¿Por qué? Porque siempre existió pretender rebajar los precios por parte de los americanos y por parte de nosotros. Decíamos “el estira y afloja”. Había vendedores en todo el mercado y les decían “no, vénganse para acá, les damos más barato, a la mitad”. Y así fue volviéndose un comercio desigual hasta que llegó el *García's* que comenzó a marcar la mercancía. Los americanos se dieron cuenta de lo alto que estaban los precios en el mercado.

Recuerdo que de niño íbamos a la esquina del mercado situada en Abasolo y ocho, en donde había un lugar que se llamaba “El Nevado de Toluca”. Vendían gaseosas. Tenía tres barriles en la pared, pero eran barriles de ficción, de simulación. Los barriles verdaderos estaban bajo la barra. Se expendían las gaseosas. Recuerdo

el aroma y el sabor, que era la zarzaparrilla, la famosa cerveza de raíz. Otra cosa que vendían en el mercado eran las hojas de maíz, pero cortadas, listas para hacer cigarros de tabaco normal. Todos los días la gente iba a comprar las tortillas ahí, al centro. Y bueno, también se veía cómo subían y bajaban las cucarachas por el área de la venta de la carne.

Sucedió que fue en Navidad. Todo arriba del Parrián eran hoteles. Se dice que una persona estaba hospedada en uno de los hoteles del segundo piso, que estaba fumando y tiró una colilla encendida. Y ahí comenzó el fuego en el expendio del señor Bustamante, que vendía nueces, cacahuates, avellanas, vendía todo tipo de especias para restaurantes; y entre otras cosas vendía cohetes, luces de bengala y los famosos garbanzos — con pólvora que estallaban al golpearlos— que hasta la fecha todavía se venden. Estaba viendo la quemazón desde el *Bambú Room*, que era parte de las Dos Repúblicas y precisamente junto a mí estaba Eduardo Garibay, que acostumbraba ir a tomar la copa todos los días, sin excepción, precisamente me decía “ya le dije a mi mamá que recoja todos los documentos y las joyas, que se ponga todas las alhajas por si el incendio rebasa el mercado y va a dar a la casa”. Y le dije: “Ay, Eduardo, no se va a poder mover”.

Total, que fue una gran pérdida. Pero tuve alguna cosa que recordar de niño; al quemarse apareció toda la estructura original del arquitecto Danache. Entonces, la torre del reloj servía como barandilla aquellos años. Me dicen algunas amigas, como Ada Lozano, que acostumbraban de niñas irse a asomar a la puerta para ver

quiénes eran los borrachitos que habían caído la noche anterior. Y la verdad es que torres como esa, solamente las he visto en Florencia y en Venecia. Era una verdadera obra de arte. Era una pegazón al mercado. Existen algunos grabados del arquitecto original donde no está la torre, pero posteriormente se ve colocada entre dos arcos. Es decir, no era parte del diseño original del mercado; mas sin embargo lo hacía lucir muy espectacular.

Fue un suceso que marcó el comercio de la ciudad. Quedó la estructura calcinada, y no había qué reconstruir. Por eso se optó por hacer un nuevo mercado. Una de las características fue poner de nuevo un reloj, ¡pero jamás de los jamases con la arquitectura original! Hoy en día podemos decir que ese mercado debería convertirse en un *mall*, en una cosa que tenga un poco más de movimiento, restaurantes, otra cosa, porque ya turismo no hay.

Tengo muchos recuerdos de Matamoros, cuando íbamos a cazar patos en el famoso Estero Seco, de aquí caminábamos por el bordo hasta la Casamata, que en aquellos años era un lugar donde sólo había ruinas. Pero lo que más nos llamaba la atención era un olor espantoso que salía de algún lugar de la Casamata. Resulta que había una casa de madera muy antigua, que hasta hace pocos años existió. Fue una tenería. Había un señor que arreglaba cueros, que estaban oreándose en torno a la Casamata. Cuando alguien alguna vez me preguntó sobre los olores de Matamoros, pensé en el olor de la carne, en la tenería de Casamata.

Había un pino en particular... Había dos pinos enfrente de la casa. Tenían su aroma. En estos pueblos

que llueve mucho, cambia el aroma. Y decimos “huele a tierra mojada”. Y lo que recuerdo muy bien fue el día que se volaron los pinos... Fue cuando pegó el ciclón Beulah allá en Tampico y que nos tocó alguna colita por acá; vimos cómo el viento se llevó los pinos y desprendió las raíces. Alcanzamos a ver, desde la ventana de la casa, cómo el techo de Salinas y Rocha, de una maroma, fue a parar al patio de la secundaria Uno, que era la cancha donde jugaban básquet. Me acuerdo de la señorita Amelia Bertha Benevendo, que un día le dije: “¡Qué bonita virgen tienes ahí, en esa cajita de cristal!” Y dijo: “¡Ay!, el día del ciclón del 33, nosotros andábamos rezando con esta virgen por los pasillos de la casa cuando se paró el viento... Papá salió a la plaza, y cuando regresó dijo se cayeron las torres de la iglesia catedral”. Eso era en realidad que estaba pasando el ojo del huracán, y después continuó hasta que tumbó la cornisa de la presidencia.

Esta es zona de huracanes y las experiencias que nosotros hemos tenido es que llueve muy fuerte y hay viento, esos vientos también nos traen aromas. Nos traen el aroma del huracán. A veces hemos oído que llueve pescado. O incluso en la televisión alguien habló para decir que estaban lloviendo arañitas. Los huracanes levantan todo y vienen y lo botan aquí, en la ciudad. Es como una especie de fiesta andar en la calle a la hora que pasa el huracán. Estábamos en pleno huracán cuando mencioné “sólo falta que pase Socorrito” —que es una demente, que va y viene todos los días de la colonia Modelo al mercado—. En eso estaba cuando la vimos pasar con su paraguas, en medio del huracán...

Recuerdo los aromas de las gardenias que llegaban por camión o por encargo de Fortín de las Flores, que las mujeres las vendían en unos troncos de plátano; llegaban a Matamoros en botón; y se armaban unos pequeños corsages, ramitos, que era lo que la gente le regalaba a las muchachas en la plaza. Dicen los viejos que las grandes fiestas de carnaval en Matamoros eran unas guerras floridas. Es decir, la gente se ponía los vestidos viejos de las abuelitas y llevaban canastas con flores que te las lanzaban a manera de piropos. Tal vez, a lo mejor, iban acompañados del verbo. Pero esto se hacía en período de carnaval. Y ese aroma de las gardenias era muy popular.

También el aroma del candil del quiosco —que siempre está lleno de nidos— que es un enjambre de dragones.

El quiosco nuestro es precioso, estilo morisco; lo diseñó el arquitecto León de la Barra, en Victoria. Tiene pináculos, que están hechos con jarrones de talavera, con saleros y tazas para caldo de dos orejas, que van formando uno sobre otro el pináculo. El candil es muy pesado; lo he repuesto dos veces, porque se lo han quitado al quiosco. Una primera vez, en el período de Guillermo Guajardo, lo retiraron por feo, según ellos. Y luego me lo encontré en un lugar donde forjaban fierro, precisamente donde habían construido el otro candil. Lo compré en un millón de pesos de aquellos años. Lo guardé como por cinco años, hasta que entró don Jorge Cárdenas y le platiqué que había comprado el candil, que lo tenía listo para en una oportunidad volver a ponerlo. Ahora, en la época de Baltazar Hinojosa, Horacio, su so-

brino, lo volvió a quitar por feo. Y lo volví a recoger. Esta ocasión lo encontré en la bodega municipal. Anduve neceando y buscándolo hasta que lo encontré. Pero ese candil, entre las alas de los dragones, conserva nidos de pajaritos; entonces siempre hay huevos estrellados en el piso, de los que se caen y el aroma del excremento, de la paja misma de los pajaritos.

Este quiosco de Matamoros es de estilo *mudéjar*, porque nosotros sabemos que el mosaico es un invento árabe y de ahí lo trajeron precisamente a Puebla. Desgraciadamente nuestro quiosco está muy parchado y ojalá que algún presidente, algún día, se fije en él porque es el corazón de la ciudad.

Ahí era donde antiguamente tocaba la banda. Hoy en día les arman un templete para el día del danzón. Es lo que ha venido a sustituir las veladas y los rondines que se hacían en torno a la plaza. Ya los jóvenes, después de eso, optaron por el *run run run* en lo que llamaron el “rol de la Álvaro Obregón”.

El sonido de los afiladores. Todavía es fecha que existen con una bicicleta *transformer*. Se dice que cuando uno escucha el sonido del afilador debe de sacudirse la ropa hacia arriba, porque eso te va a acarrear suerte. Por aquellos años, sobar la joroba de un bolero jorobado era también signo de suerte. Y había en la plaza un jorobado y todo mundo se acercaba a él. Lo inmortalizó Bartolomé Mongrell en un cuadro... No sé dónde está.

Se dice que el ritmo es la forma de repartir en tiempo y espacio, sonidos o movimientos, o lo que se quiera. Existen ritmos repetitivos, alternos y radiales. Pero cuando yo recuerdo el ritmo de mi ciudad, me recuerdo

de dos cosas, el del quiosco de la plaza principal, con su música, corazón de la ciudad y con la gente caminando en ritmo al revés, y en ritmos alternados; hombres en un sentido, mujeres hacia otro.

Pero volviendo al ritmo y al corazón de la ciudad, y al flujo y reflujo de la sangre del pueblo, tendría que recordar que a las cinco, seis de la mañana ya estaba escuchando el clap clap de las tortilleras —que hoy en día se han convertido en un ruido grotesco, que chillan y rechinan los engranes—. Pero en aquellos tiempos, el ritmo del corazón de Matamoros y de todo México eran las palmas de las tortilleras.

Eso lleva consigo toda la historia del país, porque no hay un lugar en donde no se coman las tortillas. Tenemos que recordar que los comales no se pueden usar como vienen o como los compras en el comercio; tiene que existir todo un rito que consiste precisamente en curarlos para que la tortilla sepa bien. También todas las cazuelas. Hay que recordar que la palabra hogar viene de hoguera. Y precisamente las niñas mexicanas cuando nacían les ponían un huso y un soplador en la mano, recordando que el trabajo de la mujer en México era tejer y sostener el fuego de la casa, del hogar y de la hoguera; de ahí, la comida viene por añadidura. Recordamos que era casi cada cincuenta años que se apagaba la lumbre en todo el país para volver a tomar la lumbre de los centros ceremoniales en donde se hacía la ceremonia del fuego nuevo.

Recordamos que las mujeres embarazadas tenían que ponerse una máscara de una penca de maguey, porque había problemas si ocurrían cosas que estaban imprevistas.

Había muchas cosas. Hasta la fecha, se ponen un segurito porque va haber eclipse.

Los chiqueadores, que es una bolita de hilo rojo, para curarte del mal de ojo. Ya no es como antes, que murió de empacho, murió de mal de ojo, esto, lo otro. Hoy en día la ciencia ha avanzado tanto que la gente pasa por un tubo y ya te tienen computarizado; qué es lo que te falta, si los *mofles*... o la *computadora* la traes mal. Todo ha cambiado mucho.

Y sigo recordando, cuando cierro los ojos, el sonido de las tortilleras de mi pueblo.

II

Faenas

Estudié en la Ciudad de México, en el Centro de Diseño y Decoración, en la Escuela Nacional de Dibujo y Pintura del Instituto Nacional de Bellas Artes y también danza en compañías de la Secretaría de Educación Pública. Pero lo que estudié fue diseño de muebles y cuando recién arribé a Matamoros, no faltó quien se me acercara a ofrecerme trabajo. Pero el trabajo no era diseñar una cocina, ni un comedor, ni nada de eso. Era diseñar un vestido. Por aquellos años, los grandes bailes del algodón se desarrollaban ahí, en la Asociación Algodonera. Y precisamente fue un vestido para Coty Melguizo, el primer dibujo que hice de ropa y me agenció una costurera para que interpretara el diseño. Total, que el vestido tuvo tanto éxito que fue copiado una y otra vez, en reinados de San Antonio, de Tampico y de Ciudad Victoria. Pero desde que hice el primer vestido ya no pude dejar de hacerlos porque la gente se acercaba conmigo, como una forma de estatus. Diseñé vestidos de todo tipo, de bodas, de quince años,

para fiestas de graduación, para bailes, para academias de danza y vestidos de folclor.

Llegué a tener algunos premios por la ropa que diseñé. El principal premio que tuve, no fue en efectivo, sino de honor. Se presentó en la Ciudad de México la historia de los emperadores en el Castillo de Chapultepec. Fue una puesta en escena de un libro importante, *Noticias del Imperio*, de Fernando del Paso. Se atrevió la compañía de Susana Alexander y Roberto D'Amico a llevarlo a escena como una ópera rock. Toda la crítica de la Ciudad de México puso los ojos en esta puesta teatral. Les dijeron que todo estaba muy bonito, menos el vestuario; dijeron que parecía de pastorela. Conociéndome Susana, en uno de tantos viajes a Matamoros, se atrevió a traer todo el vestuario para que yo lo reinterpretara o lo revisara. Y lo volví hacer. Tenía el mercado del Cambio, donde podía adquirir muchos vestidos viejos y muchas cosas que me iban a servir. Para poder llevarse la ropa de Matamoros, vinieron a presentar la obra en el Museo Casamata, en donde personalmente, Susana Alexander y Roberto D'Amico me dieron las gracias.

Estaba comprando las tortillas cuando el señor al que le estaba pagando, me dijo “esa señora que está en la televisión está hablando de usted”, dije “sí”. Ya había reconocido la voz. Le dijeron “qué corona tan bonita, ¿de dónde la sacó?”, ella respondió que un artista de Matamoros se la había hecho, mencionó mi nombre; yo realmente me estaba haciendo zoncito, aunque no lo estaba viendo de frente, pero sí escuchaba.

Trabajé como veinte años la moda en un taller; fue precisamente en ese período que comencé a rescatar y

a coleccionar bordados, llegué a tenerlos muy antiguos colgados en mi pared. Recuerdo que un día iba con mi papá, paseando por el centro, cuando de repente me dice “mira, qué bonitos bordados están colgados en ese espacio”. Me le quedé viendo, y le dije “son míos, es mi taller”.

Estando en México, como me sobraba tiempo, comencé a estudiar decoración, interiorismo y también comencé a bailar. Porque resulta que cuando era niño, frente a mi casa, un buen día comencé a escuchar un piano y un golpe de bastón; donde me asomé, me di cuenta que había un letrero que decía “Academia de Danza Lydia”. Y me fijé por las ventanas; la maestra en el interior me llamó, y ahí fue donde comencé a trabajar la danza.

Tenía una pequeña escuela de arte, en donde después fue la pagaduría de la Federación, en los espacios propiedad de don Abel Cavazos, que era toda una manzana; me fui moviendo en los puntos de ese lugar. Se llamaba Centro de Diseño y Decoración. Un buen día recibí una carta del presidente municipal, donde me decía “tengo especial interés en que los jóvenes matamorenses tengan un acercamiento con las artes, por lo que hemos decidido fundar el Instituto Matamoreense de Bellas Artes”. La intención era formar un espacio cultural dedicado al arte, para los niños, jóvenes y adultos.

Se organizó el Instituto Matamoreense de Bellas Artes, que con la posterioridad vendría a ser el Instituto Regional de Bellas Artes. Ahí fue donde con escasos veinte, veintidós años, comencé como subdirector del Instituto y después fui por dieciocho años el director.

Se fundó en un lugar privado, que se rentaba en la calle Abasolo cuatro y cinco, frente al hotel Araujo.

Desde un principio la maestra Marta Rita Prince fue directora. Después, muchos historiadores quisieron amarrar navajas conmigo poniéndole en sus libros que el primer director o fundador había sido yo. Aunque es verdad que el trabajo esencial lo hacía yo, que desde el principio fui el subdirector, y era quien estaba de manera permanente; pero es que la maestra Marta Rita tenía muchas ocupaciones. Recuerdo que faltaba un maestro, faltaba otro, y tenía que recurrir a atender personalmente a los grupos. Y así me fui haciendo un artista de mayores disciplinas, más completo.

Resulta que el lugar donde trabajábamos, que era rentado, amenazaba con venirse abajo. Y decía el periódico que los padres de familia de la escuela que está atrás de Aboytes, la primaria “José Arrese”, no querían irse al ex hospital civil de la calle ocho e Iturbide porque el lugar, decían, era un centro de contagio, de infección —esto en tanto les reparaban su edificio—. Me dirigí al señor Burguete, que a la sazón era el director del Centro de Salud y le pregunté qué había de eso y me dijo que la mejor forma de ventilar un hospital era precisamente de esa forma, ventilándolo, que el hospital había permanecido ocho años sin ventanas abiertas, pues ya no teníamos nada de qué preocuparnos.

Era un espacio muy bonito. Así fue como fuimos a dar allá porque yo le pedí al señor Calderoni, don Sergio, que nos diera el lugar. Y nada más puse un anuncio de “a partir de hoy estamos en tal parte”.

Había muchas historias ahí... de la planchada hasta el señor de la morgue; los vecinos lo reconocían como el señor que se cogía a las muertas; cuando indagué ese personaje, tan seductor, me di cuenta que había muerto de tuberculosis a los casi noventa años, dije, bueno, ojalá yo muera de noventa años aunque sea con tuberculosis...

Recuerdo que estaba todo como en el cuento de la bella durmiente; absolutamente todo en su lugar; desde el quirófano hasta las camas y los rayos x. Todo estaba en su sitio. Claro que estaba más amontonado porque en esos ocho años el ayuntamiento lo había tomado como un basurero municipal. Había muchas patrullas amontonadas en el patio, ya inservibles. Estaban los taxímetros que en algún tiempo funcionaron en el centro de la ciudad. Había los aparatos de las radiopatrullas. Había jaulas. Había un poco de todo. Entonces cité a la gente a que me ayudaran a barrer el lugar, a limpiarlo; recuerdo que mi secretaria llegó con un vestido de terciopelo negro y con un pastel en la mano; le dije: “¿Qué pasó, Amparito, por qué viene vestida así?, se va a ensuciar”. Dijo: “Ay, yo creí que esto era simbólico, cariño”.

Me he visto involucrado en muchas cosas que de alguna forma u otra no debía hacer, pero las hice porque era necesario. Por ejemplo, en una ocasión, cuando ya no era director de Bellas Artes... Me hablan de Ciudad Victoria y me dicen: “Oiga, no sabemos qué hacer, a ver si usted nos puede ayudar. Fíjese que el alcalde, don Jorge Cárdenas González, quiere convertir al Instituto Regional de Bellas Artes en un centro de reclusión para indocumentados centroamericanos, y nosotros como

parte de la cultura del estado, no nos gustaría perder un espacio que ya obtuvimos para la ciudad”. Y como precisamente yo había sido el que le había pedido a Sergio Martínez Calderoni ese espacio, pues me vi en la necesidad de entrarle, les dije muy claramente: “No les va a gustar la forma en que lo voy a hacer, pero sé que lo voy a detener”.

Esa noche me armé de valor. Me conseguí unos treinta botes de aerosol, de colores diversos y pinté todas las puertas y paredes de Bellas Artes, y todas las bardas y puertas de los vecinos al Instituto. Obviamente los textos iban dirigidos contra el alcalde. En aquellas ocasiones se burlaban de él porque decían que tenía cabeza de sandía y le decían también en los periódicos el “Zeppelin”, por lo mismo. Así lo que más puse, fueron los bigotes y los zepelines. Más los textos. Y con eso, al día siguiente, para mediodía, el Instituto estaba nuevamente pintado de su color original. Y la idea de cambiar el rubro, también se había borrado.

Me dolió haber quemado el archivo del hospital, porque a lo mejor habría sido fuente de información. Pero lo que pasa es que todo aquello se había mojado una y otra vez, y eran puros hongos, por lo que nos fuimos deshaciendo de las cosas. Y así fue como se llegó a formar el Instituto Regional de Bellas Artes en donde está ahora.

Por aquellos años conseguí que se anexara al Instituto de Bellas Artes de la Ciudad de México y que tuviéramos también una participación del gobierno del estado. O sea que era una dirección tripartita, cosa que se perdió con el tiempo por desinformación. Lo único

que exigían las tres partes era información; entonces, en algún momento se dejó de brindar tal. Lo que se deseaba era saber para dónde iban los centavos. Y eso fue lo que se perdió. Se perdió.

Bertha Elisa Noeggeratt Cárdenas. La conocí de muy chamaca. Su mamá y yo éramos muy afines en muchas cuestiones, a ella también le gustaba la costura; de hecho de eso vivía. Bertha comenzó a estudiar con Juan Antonio Castro y luego formó parte de un grupo que tocaba en el hotel Holiday Inn, que es el Residencial de hoy. En alguna ocasión tuvo la oportunidad de que la oyera cantar Toby y sus amigos; y entonces ellos la invitaron a que se fuera a Monterrey, y de ahí pasó a México, con muchos problemas, con muchas peripecias porque para poder introducirse en el ambiente artístico hay que perseverar.

Recuerdo que fui a visitarlas al Holiday Inn allá, en la Ciudad de México, y no las encontraba por ningún lado. Pero finalmente las encontré en uno de los vestidores de la alberca. Vivían en un cuarto muy pequeño. Ahí estaban las dos, ella y Gloria Cárdenas, su mamá. Ella, hija de un señor de origen alemán o con ascendencia alemana. Ella quería, por sobre todas las cosas, llegar. Perseveró, perseveró, y fue a dar a muchas partes, hasta que finalmente tiene la oportunidad de conocer a Armando Manzanero; que la invita a participar en el festival de Mallorca y gana el primer lugar con una canción que se llama “Señor Amor”. Luego iría a otro festival en Japón. Ya para entonces todo México la reverenciaba. Por supuesto tuvo que buscar un nombre artístico y escogió “Dulce”.

Muchos artistas compositores de España y de otras partes comenzaron a brindarle sus canciones. El caso es que ella estuvo en el Instituto Matamorensense de Bellas Artes. Ahí, entre la señora y yo, tratamos de vestirla. Llegó muy lejos. Hoy en día se dedica a la lucha libre y sigue cantando. Acaba de recibir un premio de la radio y ha obtenido muchos premios como *coach*; es decir, ayudando a gente que también quiere cantar.

Yo fui dos veces presidente de las fiestas mexicanas y siempre he estado con una mano adelante y otra atrás; es decir, nunca he tenido dinero. Pero sí muchas ganas de trabajar. Las fiestas implican mucho esfuerzo y tiempo; sobre todo porque normalmente comienzan a organizarlas muy tarde. Entonces los piñateros pues a apurarse, se viene el mal tiempo y a poner calderos con lumbre para que haya calor en las bodegas y se alcancen a secar los carros. Empiezan por hacer el diseño de los carros, tratar de conseguir los patrocinios. El caso es que uno de esos años, Dulce fue la invitada de honor. Y ha sido en dos ocasiones, de ambos lados, de Matamoras y Brownsville. La única en la historia de las dos fiestas.

Estuvo mucho tiempo junto a mí y tuve la oportunidad de ver lo que fue su desarrollo artístico. Recuerdo en una ocasión que pasaba por el mercado Juárez y ella estaba cerca de mí, yo tenía una actividad, estaba con el micrófono, cuando la gente se dio cuenta, la hicieron subir y cantó. Me dedicó una canción.

Siempre me ha dado mucho gusto que un alumno se desarrolle. Ella siempre tuvo afición por el dibujo, pero era muy curioso que cuando hacía dibujos eran de monitos en la cama haciendo sexo. Era algo muy llama-

tivo para mí y para su mamá. Nos divertíamos mucho viendo lo que ella hacía.

Hoy en día su hija ya está en los escenarios; es orgullosamente matamorenses; por eso me atrevo a platicar un poco de ella. Vivieron con mucha estrechez, por la calle trece entre Abasolo y Matamoros. Su mamá hizo un gran esfuerzo por dejarla en la Ciudad de México y luego venirse cuando ella había logrado quedarse, primero, con Gonzalo Vega y después con un argentino, del cual tuvo su hija. Por cierto que la hija resultó muy rockera, porque le gusta la música de Marilyn Mason. Tiene toda la discografía; cosa que no le gusta a Dulce.

Para donde voy es que ella vino a Matamoros y empieza un día muy difícil, el Día Internacional, el día del desfile. A eso de las cinco o seis de la mañana ya estaba despierto y me disponía a cruzar los carros alegóricos a Brownsville, sin nada en el estómago. Esa vez el dinero sólo me alcanzó para pagar el puente y comprarme unas palomitas de aquel lado. Pero en el camino de aquí para allá, me encuentro a un músico de los que tocaban en el Golden House, el hijo de Tranquilino. Le digo “ando muy desvelado, ya no aguanto y voy a Brownsville apenas”. Dijo: “N’ hombre, mira, tómate esta pastilla que es muy buena para mantenerte despierto”. Como ellos trabajan de noche, y siempre están despiertos. ¡Pues lo hice!

El desfile se desarrolló perfecto. Caminé del puente al Jacob Brown Auditorium, al estadio. No sé cuántas veces fui y vine, así que aquello me traía más que despierto. Llego a Matamoros con los carros, me voy caminando hasta la presidencia municipal, entro al ga-

binete del señor presidente municipal y me dice: “¡Ah, qué bueno que ya llegaron!, ten, tómate un trago”. Y me ofrece un whisky. Él estaba conviviendo con los Shrainers, que es una agrupación americana de beneficio. Y ya fui otra vez, vine, y volví. Y se desarrolló el desfile con toda tranquilidad. Llego, y siguen los jaiboles. Se termina todo el asunto y los afanadores del palacio comienzan a invitarme unas *chelas*. Tenían *chelas* escondidas. Y cuando voy para mi casa, vestido de charro —ya iba rebotando, me había prendido aquella cosa que me había dado el hijo de Tranquilino— e iba golpeándome contra las paredes de la escuela “Josefa Ortiz de Domínguez”, en Tapizados Monterrey. Llego a mi casa y caigo rendidamente dormido. Y entonces comienzo a escuchar que decían: “Allá abajo hay unos policías, el presidente manda por ti, necesita que te presentes inmediatamente porque Dulce no quiere cantar en el baile de gala si no estás; que tú la invitaste”. Y escuchaba: vamos a bañarlo, vamos a ponerle hielo y vamos a hacerle esto y lo otro. Yo no sé cómo fue que me desperté. Pero tuve que asistir al Matamoros Café, el lugar que estaba de moda. Y así terminó aquella fiesta mexicana que tanto recuerdo.

Por cierto, el presidente municipal era Jorge Cárdenas González. En otra ocasión él fue Míster Amigo, en Brownsville; el único matamorenses.

Ocurrió en una de esas ocasiones que fui presidente de las Fiestas Mexicanas. Siempre se dan un abrazo ambas autoridades en el Puente Internacional. En esa ocasión no era diferente a todos los años. Estábamos a las nueve y media de la mañana, todos listos. Se acos-

tumbra llevar a los invitados de honor, para que estén ahí presentes, como parte de su reconocimiento. Ese año los americanos trajeron a Lucha Villa. El Mayor de Brownsville era un señor de apellido Hernández y por parte nuestra el alcalde era Homar Zamorano. Y fue una mañana en que el Mayor de Brownsville dijo muchas barrabasadas, entre otras cosas le cambió el apellido a nuestro alcalde, dijo que era *Zamarrano*. Todos estábamos muy preocupados por el asunto. Pero a la hora que trató de honrar a Lucha Villa... Primero dijo que la cuera no le cerraba —era un señor muy obeso—; que no le cerraba porque su mujer la había lavado y la había echado a la secadora. Y que por esa razón se había encogido. Y después comenzó a decir que cuando eran unos niños pequeñitos, Lucha Villa *ya era una estrella rutinaria, rutilante*, bla bla bla. Y que cuando estaban chiquitos... Se le comenzó a notar a la señora el gesto de incomodidad porque estaba remarcando que ella era una mujer muy adulta. Y que su abuelita les decía, que su mamá les decía de las películas que había filmado, desde antes que ellos nacieran y bla bla bla. Cuando terminó el Mayor y la señora quiso agradecer o decir algo, que le tocó hablar a ella, dijo que su esposa se había equivocado, que al que tenía que haber echado a la secadora era precisamente a él.

En eso me llama un policía, para decirme que había una mujer que pretendía subir a la tarima. Resulta que la mujer que estaban deteniendo era la invitada de honor del lado mexicano, que había llegado tarde. Alcancé a llegar cuando le decían: “Pues sí, yo sé que es usted artista, pero aquí en Matamoros nadie la conoce”. Por-

que pasa que Televisa elige, y normalmente tratan de llevar adelante alguna estrella que va comenzando. No recuerdo en este momento el nombre de ella, pero sí me acuerdo de ese detalle. Y en eso estaba cuando van corriendo a decirme: “Ándele, suba, córrale, porque ya le toca hablar a usted”. ¿*Cómo que me toca hablar a mí?* “Sí, es que usted...” *Pero es que allá está el señor Zamorano.* “No, no, pero es que el alcalde de acá no habla, el que va a hablar es usted”. Pues allá voy, Dios mío, agárrame confesado. Allá voy.

Entonces recordé que estaba la Tormenta del Desierto en todo su apogeo. Me estoy refiriendo a la guerra de Irak. Dije, ahora es cuando. Y que agarro el micrófono y comienzo: “Estamos aquí reunidos en esta mañana, ambos lados del río, para recordar y honrar la parte árabe de nuestras costumbres”. Lo dije porque nos amanecemos bañándonos en azulejos árabes; almorzando en vajillas de talavera, árabes; tratando de tomar agua en los cántaros árabes. Les dije: “Estamos aquí reunidos para recordar o conmemorar la cultura de los hombres de a caballo”, que es algo árabe. Por allí me arranqué. Lo hice porque tenía la televisión enfrente. Todo mundo que me vio dijo: “Ay, Jaime, te rayaste con tu comentario”. Pues sí, que no se les olvide que gran parte de la cultura de ellos y nuestra es árabe —¡qué andan haciendo con esa pobre gente!—. El Mayor era de origen mexicano, era Hernández; es decir, no tan gringo como para fijarse en eso que yo dije.

Matamoros ha tenido, en escasas ocasiones, gobiernos que no han sido tricolores: uno de ellos fue con Ramón Antonio Sampayo y otro fue con Jorge Cárde-

nas González. Y precisamente cuando se trataba de la sucesión de Jorge en su primer periodo, entonces fue que la señora Sonia Martínez del Villar y un servidor, nos sentimos muy contentos con el cambio que hubo en la ciudad, puesto que precisamente don Jorge le había puesto “la ciudad del cambio”. Entonces se trataba de la sucesión de su persona y se intentaba crear un nuevo movimiento para la ciudad. Y a mí me pareció muy sano que una mujer tomara las riendas. Porque veía a la señora con su entusiasmo y una energía desmedida. Entonces hubo la interna, como dicen por aquí, y don Jorge Cárdenas propuso a José de la Paz Bermúdez como posible candidato por parte del PARM. Y yo con ilusión propuse a la señora Sonia. ¡Jamás me imaginé que iba a ganar! Pero ganó ¡y por mucho!, ocasionando con eso una molestia muy grande al señor presidente municipal, que era don Jorge. Y se inició una campaña política como nunca se había visto en el pueblo.

Me sentía muy mal porque el contrincante era un amigo del tricolor y un amigo que me había ayudado mucho. Entonces me sentía un poco molesto, triste, como tú quieras llamar. Pero resulta de que la señora del Villar, como dice el viejo dicho “hija de tigre, pintita”. Todo mundo sabemos que su padre, don Lisandro Martínez había sido el fundador del partido tricolor en la ciudad. Y toda la vida, don Lisandro fue una maravillosa persona para arengar que era su especialidad. Y la señora Villar, junto a él, toda su vida, pues no pudo menos que aprender. Las reuniones políticas de la señora Sonia resultaban una verdadera proeza, porque el pueblo se despertaba y la gente la aclamaba, vitoreaba,

y todo, como... casi una diosa. Se da una campaña completamente *sui generis* en el sentido de que era una campaña muy colorida. A mi amiga toda la vida le gustó el color. Y nosotros hacíamos las mantas. Y precisamente utilizaba telas con fallas. O sea, que nunca en la vida se habían usado telas con fondos de colores, con manchas, con flores y todo eso. Y encima, los textos políticos. Toda la vida han sido las mantas blancas con el texto que se llevan a esos eventos. Entonces, ya de por sí las mismas mantas significaban un cambio en la estética de los mítines. Se dieron muchas personas, como Agapito “corazón de pobre”, y muchas otras personas que participaban abriendo el mitin, la reunión. Los grupos musicales se entusiasmaron. Entonces se da el movimiento gay de la ciudad, se reúne con ilusión. La gente lloraba, intentaba a toda costa un pedazo del vestido de la señora Sonia o un abrazo, una caricia. Y la gente terminaba con una lágrima de saberse amiga de ella. Como la señora del Villar, toda la vida, ha andado en tianguis y todo lo demás, era demasiado conocida en el pueblo. Y el resultado es que ganó de una manera contundente, rotunda; y el resultado posterior es que Gobernación no acepta el cambio. Al contrincante le dan un puesto político bastante elevado y a ella, obviamente, no le dan nada. Después de dos meses de estar en la plaza principal en un plantón, que más bien parecía una fiesta cívica —una fiesta de adelitas— vinieron de Gobernación y de una manera u otra, la apaciguaron. Se dijo mucho que había vendido el movimiento. Me declaro culpable de haber dado para Matamoros una segunda junta de administración civil. Hablo de fines del ochenta y tres.

Pero creo, que si en este momento volvieran a proponer a Sonia Martínez para candidata a alcaldesa, ganaría.

Pero, entre tantas preocupaciones, que si festejar a los muertos, que el carnaval, que si festejar tantas cosas, llegamos a un punto en que nos dimos cuenta que nuestro principal espacio de turismo y de visitantes anuales era la playa; que sin embargo, la playa no contaba ni tan siquiera con un sanitario. Y es que el asunto había sido muy mencionado en el radio. Nosotros hablábamos todos los días en radio con Yolanda, una famosa reportera ahí en W. Y siempre estábamos con convertirla a ella en sirena. Sirena para acá, sirena para allá. Pero en eso se enferma la señora del Villar y se retrasa el proyecto por un tiempo.

La señora Sonia Martínez del Villar era subdirectora en el Instituto cuando iniciamos ese movimiento en el mar. Recuerdo que en el primer concurso de esculturas en la arena la figura ganadora fue un sanitario, que tenía un anuncio que decía: “¡Cómo te extrañamos!”

Así fue con el festival del mar que el municipio comenzó a asomarse a ese espacio. Hoy en día se están haciendo casas, hay un boulevard y va viento en popa lo que es la carretera de doble carril. Pero por aquellos años nosotros tuvimos que llevar desde la tarima hasta lo último.

Tuvimos noches de cine, baile, los primeros concursos de tritoncitos, de tritones, señorita sirena, etcétera. Y fue creciendo. Al principio todo era gratis, *de grapa*, como dicen aquí; incluyendo las coronas, y todo. Se hacían las coronas de los reyes con elementos que se encontraban ahí, tirados. Los premios eran en efectivo

para primero, segundo y tercer lugar en cada categoría. Fue así como hubo años de mucha creatividad. Después pasó a manos de terceros, en el sentido de que eran patrocinios, se llegó a hacer un desfile con más de diez carros alegóricos, todos con temas marinos.

Desde el día que se inició hasta la fecha, han sido muchas personas famosas las que han llegado a estar presentes como reinas del mar. Hoy son las compañías cerveceras y Televisa las que se encargan de seleccionar a los reyes y generalmente es un artista del momento. Es importante decir que la primera reina fue Dulce. Y por ahí han pasado muchas, como *el bombón asesino*, Ninel Conde, que ha sido dos veces reina; al igual que Maribel Guardia.

Me he retirado un poco del festival; pero no así la señora Sonia, quien sigue dándole vida al asunto.

En aquellos años tomamos la casa de las artesanías, que se llamaba Fondo Nacional para el Desarrollo de las Artesanías, FONART. Pero el edificio, la federación ya lo había olvidado; se había convertido en un nido de maleantes, en una bodega llena de ratones, etcétera. Y el mismo señor que en otras ocasiones pensaba de manera irregular, a él le pedimos la señora Sonia y yo, que por qué no lo tomábamos para que fuera un centro cultural. Y entonces ahí mismo se optó por que fuera el doce de octubre. La señora Sonia Martínez del Villar consiguió una bandera, pero no teníamos asta, alguien nos prestó un palito de los trapeadores de ahí. Y recuerdo que traían a mi sobrino, todavía en carriola. Se les avisó a todos los centros culturales de la ciudad y a los grupos de danza. Quedamos de encontrarnos en la

plaza en cierto horario; y acompañados de la banda de música municipal, y al tono de la marcha de Zacatecas, nos fuimos caminando todos. Mi cuñada, mi sobrino en la carriola, todos los grupos de danza vestidos, haciendo los movimientos. Y así llegamos al centro artesanal y lo declaramos propio. Hoy es el Museo de Arte Contemporáneo de Tamaulipas.

Últimamente me he dedicado a contar cuentos en las escuelas; ya estoy preparado para algo que no me gusta, pero lo tengo que hacer. Los niños de Matamoros son biculturales. Lo mismo hacen un altar de muertos que salen a pedir en el halloween. Así, por estos tiempos tenemos que mezclar o mixtear *La llorona* con *Frankenstein*. Yo ya estoy listo para asustar niños.

Estamos en el mes de octubre. Y como todos los octubres, para finales, termino mi faena haciendo catrinas, calaveras y *tzompantli*. La tradición de muertos es muy fuerte en el país y aquí en Matamoros, en particular, pues tenemos la contraparte: el halloween. Y muchas familias de Matamoros procuran los dulces y los disfraces. Nosotros, como gente vieja de la ciudad, hemos procurado desde hace treinta o cuarenta años, instalar ofrendas en las escuelas. Y de hecho, la señora Sonia Martínez del Villar y un servidor, iniciamos los concursos de ofrendas.

Poco a poco aprendimos a observar las costumbres del centro y de otros estados de nuestro país y las acoplamos a Matamoros. Originalmente no había cempasúchil, calaveras de azúcar ni nada de esas cosas en nuestro comercio. Pero poco a poco, y con el interés que se despertó en las escuelas, hubo quien comenzara a

sembrar flores de muerto en este lugar. Y hubo quienes empezamos a hacer artesanías para tener cosas y ponerlas en las ofrendas.

Creo que no ha pasado ningún personaje fallecido, ni chico ni grande, que no haya sido objeto de una ofrenda en Matamoros. Por aquellos años el pueblo estaba muy descuidado. La señora del Villar y un servidor fungíamos como jurados, teníamos que pasar muchas peripecias, entre lodo, calles sin calle... Y el chiste es que teníamos que hacerlo con toda dignidad porque los maestros y los alumnos ponían demasiado empeño, dinero y cuestión moral en hacer los altares. Entonces querían que nosotros fuéramos lo suficientemente serios para juzgarlos. Teníamos muchas ofrendas en el pueblo, setenta, ochenta, cien ofrendas qué calificar y a cada lugar adonde íbamos, debíamos probar la comida que le gustaba al muerto. Total, que aquello era un maratón de comestibles.

Así, muchos en la ciudad también comenzaron a convertirse en expertos porque ya sabía cada quien cómo se hacía una ofrenda en Oaxaca, en Michoacán y en Guerrero. Y el folclor de otros estados comenzó a trasladarse a nuestra ciudad. Esto es algo que también llevo cargando en mi bagaje cultural y que en ningún momento puedo descuidar.

Cuando camino en la calle, la gente me grita: “¡Viva México!” Y lo hacen porque alguna vez lo gritaron conmigo: “¡Viva México!” en un septiembre, cuando me convierto en don Miguel Hidalgo y Costilla, en el señor independencia. Y puedo decir que en otro momento me convierto en el señor muerto, en el señor pastorela.

Esto me da gusto porque muchas personas han aprendido y hoy son guardianes de las tradiciones de nuestro México.

El panteón de Matamoros se encuentra ubicado en la calle trece. Curiosamente la traza de la ciudad es al estilo de las trazas coloniales, que se realizaron tomando en cuenta la numerología azteca o mexicana. Resulta que teníamos veinte calles, exactamente igual que la cantidad de días precolombinos —la calle veintiuno está trunca—. Exactamente la calle trece corresponde al día de los muertos, y ahí está el panteón.

El panteón nuestro es una chulada porque podemos encontrar por ahí desde la hija del fundador de Nueva Orleans, hasta uno que otro pirata conocido. Las tumbas de nuestros muertos, de nuestros antepasados, son exactamente una réplica de las fachadas de nuestras casas. O sea, que trasladaron al panteón las casas nuestras. Y curiosamente hay una casa en la calle peatonal, la Abasolo, que descubrí en la ciudad de Toulouse, Francia muy parecida. Resulta que quien la mandó construir pretendía casarse con una mujer de Toulouse, y el papá de la mujer le pidió que construyera en Matamoros una casa igual que la que tenía en su ciudad. Habiendo sido construido Matamoros por alarifes franceses, pues no batallaron mucho en darle a aquel hombre lo que pedía. Y en el panteón sucede lo mismo, es una tumba muy parecida a la casa.

Esa cercanía con los muertos y con el panteón, que toda la vida tuve, hizo que, entre mi arte, me fuera por ahí. Hubo temporadas en que llegué a poner exposiciones en el casino, exposiciones por todos lados, todo

relacionado con esas tradiciones mexicanas. *Triste mi calavera* y cosas parecidas.

Hoy en día sigo donde mismo: rodeado de catrinas. Llego a las siete y media de la mañana. Le doy de comer a las urracas, a las gaviotas y a los perritos que aquí llegan a pedirme. Recuerdo que cuando cambiamos de casa, también cambiamos una gardenia que mi abuelita le había dado a mi mamá y que parecía que se estaba secando. Cuando la quitamos, vimos que las raíces de la gardenia estaban añadidas a los huesos de un perro que nosotros quisimos mucho. Llevamos a la nueva casa la gardenia y en cuestión de días estaba como si acabara de nacer.

Matamoros siempre ha sido una ciudad de muchas fiestas, como la feria de la Jamaica, que se hacía en la plaza de la Capilla y de la cual hace constancia el doctor Manuel Feliciano Rodríguez Brayda en sus escritos. Todavía me tocó ver el carrusel original de la fiesta de la Jamaica en casa de los Rodríguez Brayda; eran unos caballitos muy burdos y folclóricos con crin de caballo. Todavía estaba la carpa guardada ahí y obviamente estoy hablando de un carrusel manual —se le daba cuerda con una palanca—. La llevé al Museo Casamata, pero no se pudo restaurar y desapareció. Todavía algunas cabezas de estos animalitos las llegó a utilizar el pintor Humberto Jiménez, *El Querreque*, en algunos trabajos.

Pero sí recuerdo muy bien algunas fiestas. Son días en que la fiesta se ve más animada y con más color. Y sobre todo, con algo muy especial: los aromas.

Hay que recordar, que este pueblo, es un pueblo de aromas. Y todo el año está cambiando, desde el aroma

de la plaza hasta el aroma del río, el de los pájaros, el de los perros, ¡el aroma de todo! Y también en la época de las flores y otras épocas, como el del drenaje...

Por aquellos tiempos todavía se usaban las canastitas para los dulces. Pero las grandes canastas eran para ir de picnic a la Rosita, la estación del ferrocarril; para ir al río, a comer; como era la tradición por esos años. Y obviamente los cines viejos. ¡Nos encantaban tanto! Recuerdo haber visto, en color sepia, las películas de *Tarzán* en el cine Reforma. Que por cierto se decía que algunas películas habían sido filmadas en Brownsville, en ese lugar que hay una reserva de las palmas. Y recuerdo el cine muy bien. El aroma de sus pisos de madera. También el olor a humedad, a hongos, a los ladrillos. Se había hablado mucho de las familias que lo habían hecho, que era una sociedad, que habían tenido vacas afuera del cine porque los ladrillos los pegaron con leche. Ese es uno de los muchos misterios de la ciudad: su construcción.

Cualquiera que haya asistido al Soliseño podría apreciar los tres tipos rudimentarios de estructura regional en la arquitectura de las casas. Había muchas casas con madera tipo holandés; con decoraciones hechas en madera a manera de calados. Había muchas —y todavía hay— casas de adobe; es decir, las casas hechas con varitas y revocadas con lodo. Sabían utilizarlo tan bien que lo ponían en el piso y duraba mucho. La gente decía que se veía como espejo en esos pisos de lodo. También las casas de madera y las casas de ladrillo.

Cuando oigo cantar: “Las casas de madera se estremecen con el *aigré*”. Entonces me acuerdo, que efecti-

vamente, había rendijas como en los sanitarios de pozo, que todo mundo lo recordamos y que para muchos novios fue una caja fuerte a donde ir a dejar los mensajes. La gente iba y dejaba la cartita guardada, metida entre las rendijas de la madera. Y el novio entonces ya sabía a qué hora iba a regresar, a recoger el mensaje. Todas esas cosas... Las rejas de las casas con esos aldabones que se ponían por dentro y que, bueno, nos recuerda el tiempo en que todavía los apaches venían a hacer fechorías a la ciudad. Las rejas, de cuando todavía no dejaban salir a las muchachas, y aún así salían embarazadas. ¡Eran historias muy trilladas en el pueblo!

III

Otras faenas

Comenzaron a llegar a Matamoros los españoles, y todos los apellidos extraños, doctores, licenciados, los Arnaud, los Lahoz, los Miñana y entre ellos venía Bartolomé Mongrell Mestre. En el estudio de Mongrell comenzamos a ver todos los retratos. Había un bolero que era jorobado, a quien todos queríamos sobar y que Mongrell escogió para una de sus pinturas. También recordamos a la *Baby Polín*, que desde niña posó para los grandes lienzos de la iglesia de San Juan de los Lagos en Texas. La *Baby Polín* sirvió como ejemplo para representar la vida de la virgen María, a quien estaba dedicado el mural. Entonces, en aquellos murales aparecían personajes todos conocidos de esta ciudad; Matamoros estaba retratado. Y la *Baby* fue creciendo, y fue sirviendo para los desposorios, la anunciación y el nacimiento de Jesús. Pero ocurrió que un loco habló al radio o alguna parte, y dijo que se iba a dejar caer en algún lugar público. Las escuelas y todo mundo se asustaron. Pero finalmente se dejó caer sobre la iglesia

de San Juan y acabó con la vida artística de Bartolomé Mongrell Mestre, que ya se había ocupado como dieciocho o veinte años en pintar los murales de la historia de la virgen María.

La relación con Bartolomé Mongrell fue porque precisamente de niños teníamos que ir a catedral y su estudio estaba en donde hoy es el estacionamiento de La Canasta, junto a Salinas y Rocha. De tal suerte que no había que entrar porque por las ventanas veíamos toda la acción.

Había otros pintores... como la esposa del señor notario; aprendió a pintar con Mongrell y posteriormente ella se dedicó a dar clases. Me refiero a la señora María Elena Palacios de Bouchard. De ahí comenzaron a aparecer muchos artistas en Matamoros, como Luis Fernando Garza y Carranza. Cada uno con su especialidad. Carranza, por ejemplo, dedicado a los animales africanos y otras especies. Y Luis Fernando a las tradiciones de México; lo mismo pintaba una boda tarasca que un son jalisciense. Y entre esos iban también Onésimo Gallardo y Roberto Elizondo. Todos fueron haciendo escuela. Tuve la oportunidad de renovar toda la obra que ya estaba muy dañada de Roberto Elizondo y presentarla como un homenaje póstumo.

El señor Bouchard le prestaba sus oficinas a Mongrell para utilizarlas como estudio. Él era notario y estaba en el edificio de La Canasta, que lo rentaban los Ciskovich. Por cierto, el haber derrumbado ese edificio, en la historia de la arquitectura de Matamoros, es un daño irreparable porque la casa Ciskovich era cuadrangular, de dos pisos, con la cornisa más grande que pudo

haber en Matamoros, su patio era oval; tenía un piso de madera, el barandal era un óvalo encajado en un rectángulo. Lo recuerdo muy bien porque ahí estuvieron los Caballeros de Colón, ahí vivió el señor obispo y hubo muchos comercios distintos. Ahí pintaba también Luis Fernando Garza, que fue alumno de Mongrell. Recuerdo esa casa como si fuera la mía; y también cómo ese interior ovalado se perdió.

Matamoros tiene una gran iconografía de personajes de la ciudad gracias a Mongrell, que por aquellos años del algodón, la gente tenía dinero como para comprar un óleo hecho por él. Todavía quedan retratos suyos en la actualidad.

De los piñateros guardo recuerdos muy bonitos. Vivían en el cinturón de miseria a lo largo del río Bravo y después fueron a parar a otra parte. Vivían ahí, venían de San Luis, se dedicaban a hacer dulces; los tradicionales de cáscara de naranja, pirulíes; aquellos pescaditos que eran unas paletas, muy bonitos. Y resulta que no faltó alguien que les dijera que había más mercado para las piñatas que para los dulces, que por qué no se dedicaban a hacer piñatas. Por aquellos años las piñatas eran de cuatro o cinco diseños.

A los piñateros les tocó un desarrollo artístico increíble. Por esos años, el algodón en Matamoros era lo que movía todo, movía a la sociedad plena. Todo mundo estaba esperando el gran baile del algodón para lucirse, para picarse los ojos los unos a los otros. Todo el año la gente bordaba sus vestidos para asistir a esta fiesta. Venían embajadoras desde Corpus Christi, Cruz de Bucaneros, San Antonio, del Blanco y Negro; venían

de la Lonja de Saltillo, de la Lonja de San Luis Potosí; venían del Casino de Monterrey, del Casino de Victoria y del Casino de Tampico. Total, que se juntaban ochenta o cien embajadoras, lo cual aseguraba que el baile iba a ser todo un éxito. Pero la parte que más le sorprendía a la gente era la decoración; todos los años se escogía un tema. Recuerdo el año en que fueron las olimpiadas en México, en que todas las esculturas que adornaron el patio de la Asociación Algodonera eran figuras griegas. Como si fueran de mármol, que habían sido efectivamente esculpidas por cualquier maestro griego. Hicieron una columna a manera de un triunfo alado, y era lo que estaba en el respaldo del trono de la reina. Los vestidos que lucían estas mujeres en el baile no tenían parangón; eran unas cosas increíbles. Una reina y dos princesas. Y las cortes completas, con pajes y damas. Eran los años de los smokings, eran años increíbles.

En los bailes se ocupaban los servicios de la familia Amaya. Don Francisco Amaya llegó a Matamoros de San Luis Potosí y vivía en el cinturón de miseria que rodeaba a la ciudad por el río Bravo. Cuando veíamos a la ciudad por el lado americano, recordaba el puente Vechio, el puente viejo de Florencia, y así eran puros palafitos en Matamoros. El San Juan de los Esteros todavía estaba cuando nací. Cuando íbamos a la mercería teníamos que pasar por un puentecito que unía a los dos esteros centrales, el de la calle Pedernal con el Estero Seco, el Olímpico, vaya. Veníamos a cazar patos.

Decía que los Amaya vinieron de San Luis Potosí y se dedicaban a preparar dulces y curtidos; todas aquellas cosas de las naranjas, limones y todo cubierto tam-

bién... Era la época de los piloncillos y muchas otras cosas. Recuerdo haber tenido en las manos algunos artefactos que no sabía para qué servían. Y unos eran para hacer mantequilla... En todas las recetas incluían las natas, porque la gente iba a los establos a comprar la leche cruda o bronca. Entonces estos señores hacían dulces de leche, dulces de todo, y los vendían en el mercado Juárez a los turistas.

La piñata, todos sabemos que nace en China. Marco Polo se maravilló cuando vio a los niños apaleando una figura de papel en forma de animal, que estaba rellena de semillas y que al terminar de apalearla, los viejos del pueblo se acercaban a ver la forma en que habían caído para vaticinar cuáles eran las semillas que había que sembrar ese año, porque iban a ser las que se iban a dar; las otras no iban a germinar. Entonces él se maravilla de esto y lo lleva a Venecia. Y de Venecia los Borbones lo llevan a España. Y de España los misioneros lo traen a México, a las que agregan lo que todos sabemos, que la convierten en un instrumento de fe, que le ponen los siete pecados en forma de conos y la rellenan de frutas, para poder decir que del cielo caen los dones cuando se apalean.

Estas piñatas que comenzaron a hacer los Amaya, eran cinco o seis modelos. Teníamos una piñata que era una canasta con una gallina a la que le ponían cascarnes de huevo; había una sandía, una estrella, un barco, tal vez había un avión... ¡Y párale de contar! Eso era todo. Después, con la llegada de Disney y de las grandes producciones, comenzamos a ver todo lo que hasta hoy en día vemos, para culminar en las teiboleras y en

los luchadores de grandes bultos. Con la prohibición de la pasada de las figuras de Disney a Houston, que era a donde iban a parar como destino final todas nuestras piñatas, cambiaron las cosas. Comienzan a hacerse piñatas para llenar el gusto propio, como las del tubo y los musculosos.

Fueron como cuatro o cinco generaciones de piñateros que dieron como resultado los grandes desfiles con unos preciosísimos carros alegóricos que en algunos álbumes viejos, todavía se conservan algunas fotos. Tenemos que recordar que los carros alegóricos originales en Matamoros eran fortingas, bicicletas adornadas o carretas jaladas por caballos.

IV

Me recuerdo

En mi familia, por ambos lados, hay artistas. Por el lado de mi papá era mi tía Lilia Garza la que me llevó a los museos, la que me anduvo paseando por todo Estados Unidos y Canadá, y por quien tuve la posibilidad de comenzar a tener contacto con la pintura, con la decoración, con muchas cosas. Por el lado de la familia de mi mamá es Rutilio Salinas, un pintor que vive en Ciudad Victoria y mi prima Martha Ballina, ambos estudiaron en la Academia de San Carlos. Tuve la oportunidad de irme al Distrito Federal y estudié en lo que entonces era la Escuela de Dibujo y Pintura, Grabado y Escultura de Bellas Artes, conocida en aquellos años como La Esmeralda, por estar situada en el callejón del mismo nombre, frente al panteón de San Fernando —muy conocido porque ahí está el cuerpo de don Benito Juárez— y la Hemeroteca Nacional. Ahí fue donde di mis primeros pasos en estudios profesionales sobre lo que después se volvió una forma de vida.

La hermana de mi papá, la tía Lilia, era soltera y le gustaba viajar. Esperaba cualquier economía, cualquier viaje barato para enrolarnos. Le gustaba mucho que viajara con ella. Entonces fuimos desde aquí hasta Yucatán; y de aquí hasta Montreal, Quebec y Ottawa. Mi tía me hizo viajar a toda el área francesa de Canadá. Obviamente fuimos conociendo todo museo, chiquito y grande que hubo en el camino por setenta y tantos días.

Por ejemplo, del maestro Marc Chagall tuve la oportunidad de estar sentado bajo el plafón, unos seis o siete metros de distancia. Todo mundo sabe que el Teatro de la Ópera de París fue construido por el arquitecto Garnier y tenía originalmente un plafón neoclásico. Pero posteriormente los parisinos decidieron que Marc Chagall era digno, aún siendo judío, pues era más parisino que cualquiera de los parisinos. Y aunque la religión casi les prohibía plasmar imágenes de mujeres, él hizo de la imagen de París una imagen universal. Y lo invitaron a que pintara una bóveda para lo que es el Teatro de París. Su color es impresionante. Pero después tuve la oportunidad de conocer dos grandes murales que están en el Metropolitan Opera House del Lincoln Center, en la ciudad de Nueva York, también pintados por él. El cuento viene porque en el teatro Macedonio Alcalá también cambiaron el plafón, así como había ocurrido en el teatro de París, y pintaron sus cuatro beldades, que más bien parecían arrancadas de la revista cómica Ja-ja, más voluptuosas de la cuenta... muy exóticas. Nada qué ver con la experiencia de Chagall.

Participaba con mi tía en esos viajes. Íbamos, por ejemplo, a la Guelaguetza, a conocer el folclor de allá,

del sur. ¡Nunca me imaginé que viendo sentado la Guelaguetza en el cerro de la Estrella, un día me tocaran la puerta de mi casa y la directora del ballet de Oaxaca me llevara el cántaro de Coyotepec! El cántaro es el símbolo, el principal regalo, una ofrenda de Oaxaca. Como yo vivía en un segundo piso, me dijo: “Maestro, ¿se asoma al balcón?” Estaba abajo... ¡todo el grupo de danza! Listos para comenzar a bailar la Guelaguetza. Esto fue en la calle Iturbide siete y ocho.

Los ancestros de la familia de mi padre vinieron de Italia. Llegaron a la isla de Ellis, en Nueva York, y como todos los inmigrantes italianos venían con problemas, estuvieron en cuarentena. De allí llegaron a la ciudad. Ellos eran como una especie de cirqueros. Había un Luis y una Adelaida Garza; él tocaba 16 instrumentos musicales. Nosotros conservábamos muchísimas imágenes. Ellos gozaban enviando imágenes de lo que estaban haciendo; bailaban tango en público, cosas así. Con el tiempo, la familia vino a dar a Texas, y de allí emigraron hasta acá. Mi abuela era muy bajita de estatura. Te voy a decir que era enanita. No sé si nació en Sarita. Pero se casó en Bishop. Porque hay papeles de Bishop y Ennis, Texas, donde contrajo nupcias con mi abuelo. Mi abuelo Sabás era un gigante de más de dos metros de alto y ella tan chiquita... Compraron su casa a un muy famoso escritor y periodista que se fue a Monterrey. Ese periodista nació en lo que hoy es la universidad CNCI, Celedonio Junto de la Vega, en la calle González siete y ocho. Y mi abuelo le pagó con monedas de oro, el costo de la casa. Fue donde estuvo la

joyería La Esmeralda. La joyería de mi familia. Estaría cumpliendo unos ciento veinte años hoy.

Tengo muchos recuerdos de mi abuela porque le gustaba hacer mantequilla, mayonesa ¡y hasta jabón! Había artículos en la casa muy curiosos, como por ejemplo batidoras manuales. Eran cosas de cerámica, de eso que llamamos *stoneware*, cerámica de piedra y aspas de madera. Cosas así. Era muy gozoso estar cerca de la abuela porque sabía hacer cosas que la gente hoy en día, simplemente, va y compra en la tienda.

Y por el lado de mi mamá... Ellos llegaron con el conde de Sierra Gorda a Jiménez. Obviamente, cuando el conde ofreció tierras en Nuevo León, dejaron a Monterrey con seiscientos habitantes y se vinieron a fundar las villas del norte. Ellos venían de Cadereyta. No eran gente noble, ni nada de eso. Eran D'Salinas. Decía Yolanda González, una genealogista de Brownsville, que era un apellido francés. Mi abuelo y todos tenían la tradición de que las mujeres embarazadas iban a sanar a Jiménez. Porque casi era una tradición, sea que estuvieran en Victoria o que estuvieran en El Mante. Así que mi madre nació en Jiménez.

Tradicción también es el nombre de María del Refugio. Mi abuela es María del Refugio. Mi tatarabuela es María del Refugio. Así que entre las cosas que yo exhibí en Catedral en alguna ocasión, pues obviamente eran estampas de María del Refugio que estaban en la familia desde hacía muchísimos años. Entonces, desde que mi mamá, la familia del abuelo se mudó a Matamoros, siempre vivieron en torno a la plaza, a una cuadra, a dos cuadras, a media cuadra. Actualmente vive mi mamá a

espaldas de Catedral y desde el sanitario podemos observar y escuchar las campanas en vuelo.

Cuando mamá se casó, se fue caminando a la iglesia. Y un día antes se había quitado las calcetas. Tenía diecisiete años. Le dijeron que le hubiera dado una vuelta a la plaza, de perdido, y ella dijo que andaba con vestido levantagargajos... para qué dar la vuelta, mejor derecho.

Mi padre tenía un rancho, se llamaba El Refugio. Así como había temporadas buenas de algodón, había otras muy malas. El asunto es que él también se dedicaba a la venta de joyería fina. Íbamos a Monterrey a comprar brillantes. Tenía clientes muy importantes, como doña Magdalena Treviño. Todos los años las personas solicitaban zafiros, rubíes, brillantes. En ese tiempo la gente lucía las joyas y podía tenerlas guardadas en sus casas en pequeñas cajas empotradas en la pared. Pero cuando había una mala racha, un invierno muy crudo, venían plagas o no se daba el algodón. Entonces algunas personas optaban por la puerta falsa y se suicidaban. Mi padre era de los muy pocos, si no el único que sabía cambiar las combinaciones de las cajas fuertes. Era un servicio que daba no sólo a la gente en privado, sino a los bancos desde aquí hasta Nuevo Laredo y Tampico. Se suicidaba alguien y la gente quería ver qué había dejado la persona. Yo solía acompañarlo. Se juntaba toda la familia, y el notario; conforme mi papá iba sacando las cosas, iba anotando todo lo que había en el interior de las cajas.

Siempre fue un hombre muy bueno. Juntaba todo el año juguetes usados y en la parte de atrás de la casa

tenía una especie de taller de Santa. Los reparaba, los pintaba —olía toda la casa— les ponía llantas nuevas a los carros. Todo lo que había que arreglar, lo arreglaba. Cuando había contingencias, juntaba despensas y salía a regalarlas. Tenía una presea de diamante por parte del Club de Leones de Matamoros. Era un hombre bondadoso.

Entre sus muchas cosas, le gustaba patinar con patines antiguos, de aquellos de cuatro ruedas. A la vuelta de mi casa había un fabricante de mosaico; era mosaico de pasta de cemento, de colores. El propietario era el señor Kiko Bermea. Y en alguna ocasión le cambió a mi papá algo de joyería por suficiente mosaico de pasta para cubrir todo el patio de mi casa. Mi casa era muy grande. Tenía una pileta atrás, que todos los vecinos utilizaban. Pero en particular lo hizo para poder patinar, desplazarse por el patio. Kiko Bermea le canjeó la joyería que él quería por un muestrario de mosaicos de pasta de cemento. ¡No había dos mosaicos iguales! Parecía verdaderamente un edredón de colores. Había mosaicos floreados, otros con figuras geométricas. Me acuerdo que había un diseño —todavía lo podemos ver en Matamoros en muchas casas— que era un detalle de cubos. Cuando vi el piso en el Palacio Ducal de Venecia, inmediatamente me remonté al piso de la casa, en especial aquel diseño porque era el mismo dibujo geométrico de cubos; lo había de muchos colores. Entonces, en diferentes puntos del patio existía el mismo dibujo que el que estaba en el Palacio Ducal de Venecia. Lo que pasa es que el del Palacio estaba hecho de mosaico de mármol y piedras duras; esa era la gran diferencia.

Pero este otro, el dibujo de cubos, había sido tomado de ahí precisamente. Lo que más risa me daba es que amanecíamos escuchando voces de americanos en el patio. Resulta que el muestrario que estaba en el patio de mi casa era más completo que el muestrario que el mismo señor Bermea tenía en su negocio. Cuando se veía en una disyuntiva, se trasladaba a mi casa inmediatamente y ahí encontraban los americanos lo que querían. Había dibujos en los mosaicos, desde parras hasta flores, rosas o marmoleados. Y las casas hoy en día que aún conservan sus pisos de mosaico de pasta de cemento, me recuerdan a mi papá.

La danza me dio muchas satisfacciones porque fue la que me llevó a Europa. Nosotros fuimos a México como parte de los trabajos de las fiestas mexicanas. En dos ocasiones fui presidente de las fiestas. Entonces fuimos a dar con Beatriz Zuno, que en ese tiempo tenía un famosísimo ballet que se llamaba “Las Palomas de San Jerónimo”. No hubo posibilidad de que viniera por esos días, porque tenían una fiesta para padres y nos mandaron el ballet de la Escuela Nacional de Danza. En ese momento es que conozco a Nieves Paniagua. Y que me ve bailar. Inmediatamente me invita a que vaya a coreografiar a la Ciudad de México. Me fui con ella a Europa como primer bailarín, solos. Jamás me imaginé que la danza me iba a dar la oportunidad de conocer Europa, al grado de llegar a Yugoslavia. Y no es lo mismo ir de turista que ir a trabajar. Tuve la oportunidad de trabajar dos meses en un teatro muy famoso de París, que hoy en día es un casino que se llama Casino Bovino, que entonces se llamaba Teatro Bovino.

Y por esos días tuve la oportunidad de oír que ahí había muerto, trabajando, Josephine Baker. En el momento en que ella murió estaba Mick Jagger presente y tenía... más de ochenta años. Y seguía cantando y bailando. Josephine Baker era originaria de Estados Unidos. Fue la primera persona de color aceptada en París y con quien hizo el famosísimo Banana Show. Ella tuvo un orfanatorio. Amasó mucho dinero. Pero finalmente tuvo problemas económicos. Estuvo casada con alguien de la nobleza, algo así. Y todas esas cosas te van enriqueciendo. Te van llenando de contento. Vas pisando por donde otras personas, que fueron tan famosas como ella.

Tuve la oportunidad de conocer muy bien al maestro Pablo O'Higgins. Su esposa era Jesusita de la Fuente y su hermana fue por años la directora del jardín de niños "Miguel Sáenz". A la ciudad comenzaron a llegar obras del maestro Pablo O'Higgins, oriundo de Salt Lake City, Utah y va a dar a la Ciudad de México a buscar al maestro Diego Rivera. Pero al final Pablo pinta más metros cuadrados de mural que Diego. En la Ciudad de México está el mercado "Abelardo Rodríguez", donde todos los techos están pintados por el maestro Pablo.

Cuando yo iba a México, era invitado a comer con ellos. Un recuerdo imborrable de mi vida es que estuve en el homenaje nacional de Juan Rulfo en Bellas Artes. Estaba sentado entre el maestro Pablo y Dolores Olmedo... que jamás imaginé. ¡Hasta miedo me dio!, porque la señora portaba más peso en diamantes que el peso de ella misma... Y hoy sabemos que sus xoloitzcuintles siguen vivos, están en La Noria, en Xochimilco; que toda

su colección de alhajas y la mayor colección de Diego y Frida se exhiben en su casa.

Tener ese tipo de recuerdos... Esa noche la Orquesta Nacional tocó una sinfonía que habían compuesto específicamente para el maestro Rulfo. Y en las salas del Palacio de Bellas Artes se exhibieron las ediciones completas del maestro traducidas a más de siete idiomas.

He sido rey de las fiestas mexicanas. No recuerdo en qué año fue; pero lo que sí puedo decir es que fui víctima de un asalto en plena puerta de mi casa. Vivía en un segundo piso, tocaron a la puerta, bajo, y apenas abro cuando ya me están encañonando. Me pusieron la pistola en la boca y me preguntaron si no tenía miedo a morir. Les dije que no. Entonces me la pusieron en la sien y me preguntaron lo mismo. Y cuando estaba diciéndoles eso, salieron unas personas de mi casa, se les movió la pistola, dispararon, me dieron en un hombro. Me atravesó el hombro, salió por la espalda, por el omóplato; tengo esa cicatriz. No se alcanzó a abrir la bala, que era una veinticinco expansiva, si no me hubiera quedado sin brazo. Lo que pasa es que me tenían bien pegado a la pared; así que como entró, la bala salió inmediatamente. Pero no sin consecuencias. La operación me dejó una cicatriz como de cincuenta o sesenta centímetros de largo.

Salí de mi casa, me fui caminando a la procuraduría. Iba desangrándome. Llegaron un par de doctores amigos míos a la casa, se enteraron de lo que había pasado y corrieron inmediatamente al hospital a preparar la plancha y a hablarle a doctores amigos que quisieran ayudarme. En ese momento, caminando hacia la procuraduría, me encomendé a Dios, dije: “Diosito, si te sirvo,

ayúdame, auxíliame; y si no, pues acógeme en tu seno”. Veía la sangre que iba dejando en el camino, a mi hue-lla, a mi paso. Entrando en la procuraduría les comenté: “Me acaban de asaltar”. Inmediatamente me llevaron a la Cruz Roja y me recibió un primo hermano que era paramédico. Y de ahí me llevaron corriendo al Hospital Civil. Cuando me vi en la plancha y volteé, alrededor de mí, vi que estaban puros doctores conocidos; los cuales hubiera yo contratado... de tener dinero. Entonces me desvanecí; quedé a merced de ellos.

Cuando abrí los ojos al día siguiente, me encontré rodeado de puros alumnos del Instituto de Bellas Artes, también de los afanadores, las secretarias, los doctores y las enfermeras, todos habían sido mis alumnos. Esta-ba por un lado un hermano y me dijo: “Ya te tenemos contratada una recámara en el Hospital San Francisco”. Y le dije: *estás loco, ¿dónde puedo estar mejor cuidado que aquí, con mis alumnos?* Entonces me dijo la persona que hace el aseo: “Tuvimos que cerrar las puertas del hos-pital porque allá afuera hay una muchedumbre pregun-tando por usted”. El único alumno que logró entrar de los de afuera, cuando me vio... ¡cómo me vería que se desmayó! Fue a él al que tuvieron que atender.

Esa fue una prueba que me marcó y que sigo dándo-le gracias a Dios de que haya logrado educar artística-mente, visualmente, a tanta gente; que les he enseñado a bailar porque Dios es grande y no sabes en qué mo-mento te van a abrir las puertas o te van a servir. Eso es algo sumamente importante.

Mis hermanos, Luis Alberto y René, asistieron a una escuela primaria que en aquellos años tenía por

nombre “Gregoria Saldaña”; hoy en día se llama “Crispín Mainero” y está ubicada en González dos y cuatro. El caso es que la escuela estaba en un estado desastroso. La maestra Alicia Garza daba clases debajo de un árbol. Y uno de mis hermanos, Luis, resultó ser ochomesino, lo cual implica un aprendizaje más difícil. Es más fácil que se desarrolle un sietemesino que un ochomesino. El caso fue que mi madre batalló mucho con mi hermano para que sacara adelante su escuela primaria y su secundaria. Para poder hacerlo tuvo que asistir con él a la escuela. La directora era prima hermana de ella y le permitió asistir con él. Tomaban las clases bajo el árbol y mamá comenzó a darse cuenta de las carencias del lugar. Entonces agarró el asunto como si fuera propio y comenzó a hacer actividades para reparar la escuela. Pidió a los soldados que le ayudaran a derribar la casa vieja que estaba ahí. Dice que hizo una zanja entre la escuela y el ayuntamiento de tanto caminar para solicitar todo lo que la escuela requería. Entre otras muchas cosas hubo dos reinados, los cuales mis hermanos, Luis y René, resultaron ser los reyes de la fiesta. Obviamente hubo reinas, princesas, duquesas y todo lo demás.

Eso era algo que había guardado mucho, razón de que yo no había sido rey. ¡Qué feo! El caso es de que cuando me pasó lo del asalto... Estando yo en el hospital, mamá no me quería decir que habían salido unas notas espantosas en el periódico. Decían las notas que yo había sido asaltado por amigos míos, que eran un poco más que eso y que yo corría gritando mientras los pelados me balaceaban. Entonces yo le dije a mamá:

“Para empezar no sé quiénes fueron los que me asaltaron, y no tengo absolutamente nada que ocultar; pero si alguien me quiere balacear, me va a tener que balacear hacia arriba, no hacia abajo, porque aquí del árbol caído hacen leña y aunque tú no quieras, me voy a lanzar de rey feo así como estoy”.

Para esto, el brazo me había quedado deshecho; lo traía con cabestrillo. Y aún de rey, lo llevé con cabestrillo. Desde mi recámara comencé a hablarles por teléfono a todos mis amigos para que colaboraran conmigo. Hicimos una rifa y precisamente así fue como salí adelante.

Tengo muy buenos amigos en la ciudad, entre ellos están los dueños del restaurant Santa Fe, que me obsequiaron el carro alegórico, si no el más hermoso que ha habido, sí uno de los mejores. Los señores Amaya me querían mucho porque siempre diseñaba los carros. El carro alegórico que hicieron fue una gran concha con sirenas y tritones, y caballos verdaderos, no caballitos de mar, que salían entre las olas. La corte que llevé era como de unas veinte personas porque iban todos mis alumnos como pajecitos. Del dinero que reuní, les compré la ropa a todos. Me acompañaron arriba del carro alegórico personas de mi edad, que fungieron como pajes y heraldos. Estoy hablando de que ya para entonces yo tenía más de cuarenta años. Fueron mis pajecitos Joaquín García Quintana, Jesús Jiménez Muro, Rolando y Cristina Blanco y sus hijos iban en la comparsa.

Le dije a mi mamá: “Si alguien me quiere matar, me tendrá que matar hacia arriba, en el carro alegórico, en alto; no hacia abajo en el piso”. Eso era algo que yo siempre había llevado conmigo.

Llegó la carta aquí, al Parque Olímpico, en donde me decían que la Universidad Valle de México estaba cumpliendo cincuenta años y que me esperaban en la explanada el miércoles, y eso fue a principios de semana, para que fuera a recibir “el lince de oro”. Decía: “Máximo galardón que esta Universidad otorga”. Bianca Marroquín me lo entregó y me dijo cosas muy hermosas; que se acordaba desde niña de mi trabajo.

Ya me ha pasado en otras ocasiones antes, pero no he aceptado. La primera vez fue cuando el director de la Universidad del Noreste me dijo que él quería que yo fuera el primer *honoris causa* de la Universidad. Y sentí que no estaba preparado para eso.

Hay muchas cosas bonitas que me han pasado en la vida. Una de ellas fue que se me entregaron las llaves de la ciudad de Aguascalientes. Y eso porque había ido por unos siete años a la Feria Nacional de San Marcos con grupos de danza, exposiciones pictóricas, con la rondalla, con teatro, entre otras cosas; grupo infantil de danza, grupo juvenil. Nos íbamos en los camiones repletos de gente, con todos los niños, con algunas madres de familia de apoyo. Pero nos veíamos inmersos en aquella muchedumbre y con un temor inaudito de que nos fueran a robar un niño. Mas sin embargo, lo hacíamos.

Eran otros tiempos. Otros aromas. Otras costumbres. Algunas personas ya no están, otras apenas nos reconocemos. Pero la ciudad permanece, y no dudo que habrá de sobrevivirnos; su poderoso corazón sigue latiendo y mis manos le siguen y mis ojos ven a tantos fantasmas que desean decir sus nombres. ¡Una multitud!

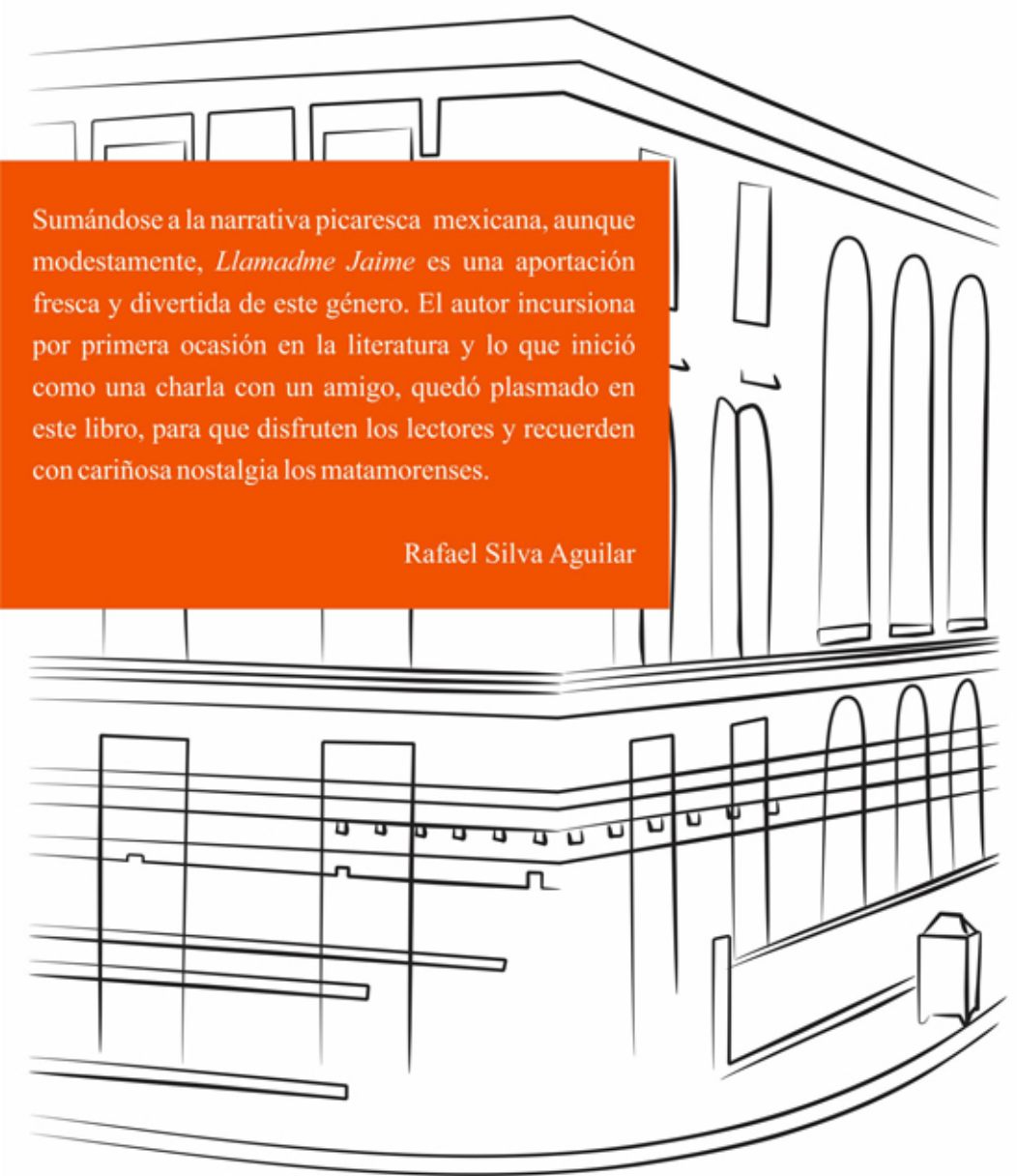
Índice

I. Mi ciudad.....	11
II. Faenas.....	35
III. Otras faenas.....	57
IV. Me recuerdo.....	63

Llamadme Jaime

Jaime Arnaldo Garza Salinas

Este libro se terminó de imprimir el 31 de mayo
de 2013, se empleó la fuente Bell MT
a 12.5 y 14 puntos
Su tiraje fue de 500 ejemplares.



Sumándose a la narrativa picaresca mexicana, aunque modestamente, *Llamadme Jaime* es una aportación fresca y divertida de este género. El autor incursiona por primera ocasión en la literatura y lo que inició como una charla con un amigo, quedó plasmado en este libro, para que disfruten los lectores y recuerden con cariñosa nostalgia los matamorenses.

Rafael Silva Aguilar